L A O B R A P O E T I C A D E J U A N A R O L A S

Tesis prosentada por LUIS F. DIAZ LARIOS para obtener el grado de Doctor, y dirigida por el Iltmo. Sr. Dr. D. JOSE MARIA CASTRO CALVO.

V.º B.º

DEPARTAMENTO DE LITERATURA ESPAÑOLA. FACULTAD DE FILOLOGIA.
UNIVERSIDAD DE BARCELONA

1975

A P E N D I C E S

I. POEMAS DESCONOCIDOS DE J. AROLAS, NO RECOGIDOS ANTES POR NINGUNO DE SUS ANTOLOGOS.

ESTE Apéndice es el resultado de una búsqueda de poemas desconocidos de Arolas por las colecciones de prensa de la Hemeroteca Municipal de Valencia y del Instituto de Historia de la Ciudad de Barcelona.

Hasta ahora no habían sido recogidos por ninguno de los editores que han publicado poesías de Arolas, excepto el titulado "El Fénix" que Almela Vives incluyó en su libro sobre el semanario valenciano del mismo título. Ya se ha justificado antes por qué he considerado conveniente traerlo aquí.

Una parte de estos poemas son de circunstancias políticas. De escaso o ningún valor literario, pero de interés sociológico para comprobar la manera de pensar de Arolas sobre la situación española de la que fue contemporáneo. Es un aspecto inédito del vate del Turia que ilustra lo que sobre el tema se ha dicho en un capítulo anterior.

La larga composición " Mourad Bey ", que también he rescatado de la prensa en donde se publicó por primera y única vez hasta el momento presente, aporta a la larga lista de autores que influyeron sobre Arolas dos más. Por su fidelidad al relato de Barthélemy y Méry sirve para estudiar el proceso de reelaboración de un tema por nuestro poeta, como ya se ha visto.

El resto son poemas pertenecientes a distintos géneros que, como los anteriores, son de calidad inferior a los que fueron recogidos por los primeros antólogos de Arolas. Ciertamente, no hay en todo ese conjunto una sola composición cuyo descubrimiento haya supuesto una revelación excepcional.

De acuerdo con el criterio cronológico que he seguido en el capítulo II de este estudio, los poemas van ordenados según la fecha de publicación, indicando al pie el periódico en donde aparecieron y las

páginas que comprenden.

Apenas he anotado los textos porque pienso que hubiera sido repetir mucho de lo dicho en el cuerpo de esta tesis. Sólo en los casos en que he considerado que había un error de impresión he hecho la observación oportuna,

Finalmente, he actualizado la ortografía y corregido la puntuación, bastante deficiente en los originales.

VIVA ISABEL II Y LA CONSTITUCION, JURADA EN VALENCIA EL DIA 9 DE JULIO DE 1837.

O D A

¿Amáis la libertad?...Sabed que es hija
Del valor en las lides animosas:
Del mar en las entrañas procelosas
Bello nació el coral;
De discordia civil en los vaivenes
Admiración de pueblos y de reyes
Ved alzado por fin de nuestras leyes
El código inmortal.

Hoy lo juráis del Cid en las murallas,
Aunque en el campo lo juró primero
El filo agudo del radiante acero
Mientras tronó el cañón:
De nuestra libertad el árbol quiere
Sagriento el riego para dar su fruto,
Y los hijos impávidos de Bruto
Con sangre libres son.

Un ángel más hermoso que las risas
Del labio virginal, más lisonjero
Que fiel suspiro de amor primero
La libertad nos dio:
Por nosotros pelea el alto cielo,
Y por el bando vil del fanatismo
Sólo luchan las furias del abismo
Que el déspota invocó.

Y el momento vendrá: saladas ondas
No cesan de estrellarse en la ribera,
Ni del tiempo la rápida carrera
Es dado suspender:
Oigo una voz que dice a las naciones:
-"Alzaos y mirad, no hay ya cadenas,
Sangre libre circula por las venas
De todo humano ser".

Libre el negro feliz a su querida
De atezado color dará los brazos,
Libres serán los sacrosantos lazos
De toda sociedad;
Al son del arpa de oro, al cielo puro,
Los coros virginales oiremos
Y los himnos festivos cantaremos
De nuestra libertad.

En tanto, si del Código precioso
Diéramos en defensa nuestra vida,
No hay gloria más feliz y apetecida
De un noble corazón;
La bendición de los futuros tiempos
En bella luz tras males tan prolijos
Lauros dará a las tumbas de los hijos
De la CONSTITUCION.

Vive Numancia invicta y generosa,
Vive la gloria excelsa de Pelayo,
De las pálidas víctimas de mayo
La fama vivirá;
Cuando el final del siervo fratricida
Es de execración y eterno olvido,
Ni una lágrima sola, ni un gemido
Su muerte arrancará.

¡Oh Patria! ¡Oh Libertad!...¡ Sagrados nombres!
Recibid nuestro heroico juramento,
Que hasta exhalar el postrimer aliento
Es esta nuestra voz:
Honor a nuestra REINA idolatrada,
La gratitud a la inmortal CRISTINA,
A la CONSTITUCION gloria divina,
Y a los esclavos guerra atroz.

(Diario Mercantil, 9.VII.1837)

A DOÑA ISABEL II

Ya por fin aprended : do el sol levanta
Vapor de sangre de oprimida tierra,
Los tigres allí están, allí se encierra
El bárbaro opresor:
Mas donde el suelo su color no pierde,
Buscad entre los libres la ventura,
Que allí reina ISABEL hermosa y pura;
Sus leyes son de amor.

Huid la maldición : el torpe esclavo
La señaló en su frente desgraciada,
Su mano no se armó con noble espada,
Sino con puñal;
No peleó a la luz del sol hermoso;
Sobre un pecho sin mallas asegura
En la vergüenza de la noche oscura
Su golpe criminal.

Pero el tiempo prepara en sus destinos
La libertad al mundo, y si porfía
en dilatar el áspid su agonía,
Se arrastra en su dolor:
Un crepúsculo débil sólo ofrece
La aurora nacarada en el oriente,
Llega la clara luz y es un torrente
De vida y de esplendor.

En la feliz edad de la inocencia,
Sobre el augusto trono de Castilla,
Angel de paz y de hermosura brilla
La cándida ISABEL;
En su cuna de púrpura y diamantes
Abrió los ojos a la luz apenas,
Cuando rotas cayeron las cadenas
Del despotismo infiel.

¡ Niña siempre feliz ! ... un suelo triste
Regado con el llanto de dolores
Brotó una flor de mágicos colores
Y aroma celestial:
¡ Dichoso aquél que en ruda lid te invoca !
¡ Que defiende con ánimo sereno

Del sucio reptil que nació del cieno
Tu cáliz virginal !

Cuando el cetro de ventura (1)
Luce en manos de jazmín,
Cuando labios de carmín
Dictan leyes de ternura,
Cuando reina la hermosura
Tras larga opresión y lloro,
Es la vida un sueño de oro
Que da Dios al alma pura.

¡ ISABEL ! un tierno amor
Te consagra el pecho humano;
Pero el cielo soberano
Es el reino de tu honor.
¿ Quién te iguala en el candor,
Oh dulcísimo tesoro ? ...
Es tu vida un sueño de oro
Que regala el Criador.

¡ Oh, qué dulce, qué hechicero
Es a tu lado vivir !
Pero mucho más blandir
Por tu causa el noble acero:
Este honor es el que quiero,
Moriré por lo que adoro,
Que la muerte es sueño de oro,
Sueño plácido que espero.

(Diario Mercantil, 19.XI.1837, pág.3)

(1) Las tres últimas estrofas, más otra añadida tras la primera de ellas, aparecen publicadas como un sólo poema en el T.II de la edición de Mompié(págs.77 y 78), con el mismo título que esta oda, y se elimina la primera - parte.

Tiene la noche una amiga
Sabedora de secretos,
Que es la lámpara de plata
Suspendida de los cielos;

Brilla más que las estrellas,
Y éstas forman su cortejo,
Aunque saben que aquel brillo
Con que se adorna es ajeno.

Tibio resplandor prestaban
De Cluni en el monasterio
A los elevados muros
Sus tristísimos reflejos,

Y parecía esta luz
La de un cirio amarillento
Que oscila junto a la losa
De los cenotafios huecos.

En sus celdas o en sus tumbas,
Pues es tumba todo encierro,
Y en la soledad del claustro
Nichos son los aposentos:

De sus penas olvidados
Duermen los monjes su sueño,
Que la campana argentina
Dio sus moribundos ecos.

De soledad y quietud,
De reposo y de silencio,
Y han de anticipar la aurora
Con sus cánticos y rezos.

En los largos corredores
Se escuchan pasos ligeros,
Y de la ropa talar
El rozado movimiento.

Como suelen los gemidos
De algún búho lastimero,
Cuya larga juventud
Son cien años de lamentos,

Desde ruinosa torre
Interrumpir el sosiego,
Así suenan los cerrojos
De las puertas del convento.

Tirado de ancho frisón
Sale un carro al descubierto
Que con muestras de tristeza
Se cubre de paños negros:

En el carro un ataúd,
A los lados van dos legos
Y detrás un sacerdote
Que en su larga capa envuelto

Semeja fantasma triste
Que en nocturno ministerio
Preside la comitiva
De la pompa de los muertos:

El de la capa es abad,
Es el venerable Pedro,
Duro con sus propios males
Y sensible a los ajenos:

El finado en su ataúd
Es el fénix de amor tierno,
Víctima de los dolores,
Águila de los ingenios,

Que dio lecciones de amar
Más esclavo que maestro;
Mártir de la desventura,
Penitente del desierto,

Abelardo, ... cuyo nombre
Es el más dulce, el primero
Que aprenden las hermosas
En la ciencia del afecto.

- o O o -

El término de la ruta

Del triste acompañamiento
Es un virginal retiro
Consagrado al Paracleto,

Espíritu de la luz,
Espíritu del consuelo
Que invocan de noche y día
Puros labios, castos pechos.

Heloisa en su amargura
Recibe los fríos restos
Del más fiel de los amantes,
Del más desgraciado de ellos,

Como náufrago en las olas,
Como en el suplicio el reo
Y como esclavo infeliz
En las ruedas del tormento.

Clava sus hermosos ojos
En el ataúd funesto,
Y lanzando agudos ayes
Cae sobre el duro suelo.

De aquella voz tan querida
A los mágicos acentos
Parece que el polvo frío
Quiera animarse de nuevo,

Y en el cóncavo ataúd
Resuena por un momento
Un ruido que parece
Rumor de lejano trueno,

Lentamente a la luz vuelven
De Heloisa los luceros,
Y a penas pudo mover
Los defallecidos miembros, /s

Cuando, puesta de rodillas,
Pide al abad para el muerto
La absolución general
Con un fervoroso ruego.

Un nevado pergamino
Que se fijó con respeto
En la caja del difunto,
Esto decía: - " Yo, Pedro,

"Abad y monje de Cluni,
"Del Señor indigno siervo,
"En el nombre de Dios Padre
"Y del Hijo a quien venero,

"Y del Espíritu Santo,
"Al monje Abelardo absuelvo
"De sus culpas y pecados
"Y lo firmo así al efecto".

(Diario Mercantil, 27.III.1838, págs. 1 y 2)

HIMNO EN LA DESTRUCCIÓN DE LA FACCIÓN DE NEGRI POR EL GENERAL ESPARTERO

¿ Dó están las estúpidas hordas
Que mandabas, maléfico conde ?
¿ Tus esclavos ? ... ninguno responde,
Ya sus ojos no miran la luz;
Ya saltaron del suelo infanado
Con su negro baldón y torpezas,
Hechas trizas sus viles cabezas
Bajo el casco del bruto andaluz.

¿ Dó revuelves las débiles riendas ? ...
¡ Ah ! ... te alejas, te escondes en vano ...
Yo no veo el acero en tu mano,
Siempre ha sido cobarde el traidor;
Te persiguen terríficas sombras
Mientras salvas el árido suelo,
Te maldijo en sus iras el cielo,
Y en tu frente se ve el deshonor.

¡ Huye, vil ! ... ¡ cómo temes ! Los ecos
De las cóncavas grutas te espantan,
Y si polvo las auras levantan,
Temes ver escuadrones sin fin;
Aún deslumbra tus ojos el brillo
De los cascos y fúlgidas lanzas,
Y cobarde en tu fuga te avanzas
Cual si oyeras atrás el clarín.

De los libres hermosa falange
Ciñe en tanto su plácida frente
Con diadema de honor esplendente
Reservada a los hijos del Cid:
A la gloria en la lucha los guía
Un soldado de temple de acero,
Llena el mundo su nombre ... ESPARTERO ...
El ha sido su invicto adalid.

Yo en el arpa, cual bardo armonioso,
Cantaré sus victorias gloriosas
Coronado de mirto y de rosas
Con voz dulce, con plácida faz;
Y al rayar aquel iris que espero
De placeres y pura bonanza,
Cumpliré mi feliz esperanza
Con un himno a la cándida paz.

(Diario Mercantil, 4.V.1838, pág. 1)

EN LAS FIESTAS DEL CENTENAR DE LA CONQUISTA
DE VALENCIA POR EL REY D. JAIME I DE ARAGON

Poesías

Cuando el placer una enfermiza planta,
Que el hombre llama vida, halagar quiere,
Cuando con alas de encendida rosa
La cerca, y no reposa,
Dejemos que los días
De dulces alegrías
Y cariñoso amor,
Olvidada la hiel de nuestras penas,
Deslicen entre lirios y azucenas
Más puros que una flor.

¡ Del pplvo antiguo la eternal memoria
recuerde la fogosa fantasía ! ...
¡ Ciudad de los placeres ! ... En mal hora
Con furia asoladora
Las turbas agarenas
De fosos y de almenas
Ocupan el confín;
En mal hora la luna en blanco coche
Escuchó la oración de media noche
Que pronunció el Muezzín. (sic)

Del cielo fue que la mezquita altiva
De lámparas de plata y minaretes
Se mudase en altares soberanos
Del Dios de los cristianos
Que encienden sacro fuego,
Y con humilde ruego
Veneran una cruz:
Del cielo fue que tribus importunas
No viesen más de sus menguadas lunas
Brillar trémula cruz.

DON JAIME DE ARAGON rompe los hierros
Del poder musulmán; respira Edeta;
Muéstrase el Rey magnánimo y divino:
Los que no beben vino,
Y en lúbricos placeres
Adoran cien mujeres
De voluptuoso harén,
Huyen perdido el suelo y la esperanza
Desmesurados botes de su lanza,
Y su mirar también.

¡ Necios, huid ! ... Las playas africanas
Oigan el Alcorán! Como chacales
Arrastrad entre tumbas vuestras penas,
Guardad vuestras arenas,
Que ya no es de Mahoma
La vega del aroma,
VALENCIA es libre ya:
JAIME venció; con el buril de llama
Sobre mármoles fríos noble fama
Su nombre grabará.

Así fue, que los siglos han pasado
Cual rápido torrente, y sus laureles
Viven y vivirán: ecos de gloria
Hoy cantan su victoria:
Por prenda idolatrada
Tenemos hoy su espada
Que muerte fulminó:
Imitemos su ejemplo en cruda guerra,
Muertos nos podrá ver la madre tierra,
Esclavos viles, no.

(Diario Mercantil, 8.X.1838, pág.1)

EN EL FAUSTO CUMPLEAÑOS DE NUESTRA ADORADA REINA DOÑA ISABEL II

Es ISABEL en sus dorados días
Flor matinal de creación primera
Que amó el autor por su nevado broche;
De la callada noche
Meteoro fulgente,
Y fada del Oriente
Que bella apareció;
Una de aquellas lágrimas hermosas
Que de lunada faja, entre las rosas,
El iris destiló:

Es la nube de grana en que el sol muere
Cuando nace la brisa del aroma,
Paladión de los libros y decoro;
Sílfide de arpa de oro
Que mece en aura leve
Más puro que la nieve
Su mágico cendal,
Y al fondo de la nube el vuelo avanza
Para entonar de amor y de esperanza
El cántico nupcial.

¿ A quién compararemos su hermosura ? ...
Las vírgenes del Kur, de trece abriles,
Imitan a la nieve en su faz tersa;
Bajo el turbante persa,
Si ostentan negros ojos,
Destierran los enojos,
Suspiran el amor:
Mas la hermosa que alivia nuestros males
Roba para sus ojos celestiales
Del cielo la color.

Son las hijas del Cáucaso muy bellas,
Su cariño es el sueño de delicias
Que gozó el primer hombre entre jazmines
De Edén en los jardines;
En delicioso pago
Sonríen al halago
con labios de coral;
Pero ISABEL, el ángel de ventura,
es único placer en la amargura
Del todo terrenal.

Puras sean tus cándidas auroras,
Reina de adoración, ¡ qué labios puros
Han jurado tu amor ! ... El pesar triste
Que de crespón se viste,
Y espectro se presenta
Con lívida osamenta
No turbe tu quietud;
Arrullando tus sueños infantiles
Suene junto a tu lecho en los pensiles
Cantar de gratitud.

Lucientos cascos, poderosas lanzas
Velan por tu inocencia noche y día,
Guerreros mil defenderán tu trono,
No temen el encono
De rebelión impura,
Juraron tu ventura
Con el acento fiel;
Libre de esclavos viles y tiranos
Alzará siempre al cielo puras manos
La pàtria de ISABEL.

(Diario Mercantil, 10.X.1838, pág.2)

SIQUIS Y CUPIDO

I

Tan niña que la inocencia
Quiso encadenar sus días
De alegrías
Con una flor y otra flor;
Tan niña en su edad de rosa
Como hermosa,
Duerme Siquis sin amor.

Fruto que escondido crece,
Fruto que ha de ser más lleno,
Late el seno
Con un movimiento fiel,
Que a turbarle no ha llegado
Ni el cuidado
Ni el dolor que bebe hiel.

Sus contornos delicados
Túnica leve retrata,
Que de plata
Tiene la fimbria sutil,
Entre cuyo adorno y gala
Se resbala
Pie pequeño de marfil.

Cada trenza en su desvío
Sobre el seno se abandona;
No aprisiona
Sus cabellos rico tul;
De la fresca sien en torno
Por adorno
Los parte una cinta azul.

Junto al lecho guarda el sueño
De la cándida doncella
Madre bella,
Que un beso en su frente dio,
Y al tender sus manos finas
Las cortinas
Con voz tímida exclamó:

"¡ Pobre Siquis ... Tú lo ignoras ...
"Duermes feliz, y te amaga
"Sombra aciaga
"De un destino funeral ! ...
"¿ Qué será de mis amores
"Cuando llores,
"Criatura celestial ?

"El oráculo me dice
"Que tan linda y tan hermosa,
"Triste esposa
"De un monstruo vendrás a ser ...
"¿ Que será de mis amores
"Cuando llores
"Tan infasto padecer?

"En tálamo de jazmín,
¿ Quién unió con la belleza
"La torpeza,
"La paloma y el chacal?
"¿ Qué será de mis amores
"Cuando llores,
"Criatura celestial?".

Dijo, y la dejó dormida,
Soñando tal vez un cielo
Sin desvelo,
Do reposa el corazón,
Que en disipar los dolores
Punzadores,
Sueño y tumba hermanos son.

II

Los céfiros con las alas
Que de rosas festonaron,
Figuraron
Un hermoso palanquín,
Yala gruta que escogieron
Condujeron
Al dormido serafín.

Era allí la luz dudosa
Cual es al final del día,
Siempre fría
La linfa en su manantial;
Grata el aura en todo el año,
Limpio el baño
Con las pilas de cristal.

Un niño gracioso había
Con alas de mariposa,
Que a la hermosa
Con cariño recibió,
Cuando, ya el sueño alejado,
Con agrado
Los ojos negros abrió.

"Ven, Siquis, dijo Cupido,
"Ven al tálamo dichoso;
"Soy tu esposo,
"Vamos a gozar allí:
"Ven a desnudar tu pecho
"Sobre el lecho
"De azucena y de alhelí.

"Ya se cumple tu destino,
"Que es un monstruo el que estás viendo,
"Monstruo horrendo
"De muy dura condición:
"Ven a desnudar tu pecho
"Sobre el lecho,
"Que es mío tu corazón".

"¿ Monstruo tú ? ... Respondió Siquis,
"¡ Vano error ! Tú eres hermoso,
"Dulce esposo,
"Todo es delicado en ti:
"Lindo es tu cabello de oro;
"Yo te adoro:
"No podré vivir sin ti".

"¡ Inocente ! Dijo el Dios,
"Yo te enseño en este instante
"Mi semblante
"Con las dichas del amor ...
"Mírame ya con desvelos,
"Y con celos;
"¿ Me ves, infeliz ? ... ¡ qué horror !"

Sus cabellos se mudaron
En serpientes que silbaban,
Y azotaban
Una denegrida sien;
Transformóse en fiera impía
Que rugía
Con furores de desdén.

Siquis cayó desmayada
Con la fuerza del espanto,
Mas, en tanto,
Cupido se revistió

Do su figura amorosa,
Y a la esposa
Con dulce lazo estrechó.

(Diario Mercantil, 30.VI.1839, págs.1 y 2)

A LA CONQUISTA DE MORELLA POR EL EXCELENTISIMO SEÑOR DUQUE DE LA VICTORIA

Cayó: de sus peñascos el asiento
De Espartero en la espada no hizo mella,
Que es de un temple sutil que abrasa el viento;
Es un rayo y brilló: cayó Morella.

De Carlos el imbécil a la esclava
¿ De qué sirvió el puñal del asesino ?
¿ De qué el alto castillo y honda cava
Y el caducante tigre tortosino ?

Vio sobre sí un caudillo que es de acero;
A los fuegos del bronce que retumba
Encontró la mirada de Espartero
Y osciló sin saber dó abrirse tumba.

¡ Oh meretriz, con sangre embriagada,
Que al triste prisionero atarazaste,
Te mirarán los siglos sepultada
Bajo el padrón de oprobio do te alzaste!

¿ Dó está tu orgullo, tu soñado imperio,
Las hordas de tus siervos y tus muros ?
Te has mudado en un vasto cementerio
Con civiles esqueletos de perjuros.

El sol se esconderá para no verte,
Flores no nacerán a embalsamarte
Y, envuelta entre las sombras de la muerte,
Verás correr el tiempo a deshonrarte.

Cantad al Conde- Duque en blando coro,
Trovadores del Turia cristalino,
Cantad al leve son del arpa de oro:
"Llegar, ver y triunfar es su destino".

Y será que al oír tan noble hazaña
Diga lleno de espanto el orbe entero:
¿ Cuándo te faltó un Cid, hermosa España ?
Tu libertad la debes a ESPARTERO.

Tu ejército, ISABEL, flor de las bellas,
Pone tu pabellón do tu voz manda;
Si lo quieres flotar en las estrellas,
Todos sabrán morir en la demanda.

¡ Oh Reina ! ¡ Tú eres ángel que los guías !
Pides para su sien lauros al cielo:
¿ Querrá negarte Dios las alegrías ? ...
Pides tú, manda Dios, las brota el suelo.

Sí, por eso cayó: en duro asiento
De Espartero en la espada no hizo mella,
Que es de un temple sutil que abrasa el viento,
Es un rayo y brilló: cayó Morella.

(El Constitucional, Barcelona, 8.VI.1840; pág.3)

EN LOS DIAS DE NUESTRA ADORADA REINA DOÑA ISABEL II

Dios que te dio de flor vida olorosa,
Tu existencia de almíbares y rosa
Guardó del huracán:
Era el suelo de sangre, el mundo escombro,
Pero tú te mecías con asombro,
Dormida sin afán.

El cielo fabricó de tus olores
Ambrosías de paz, risas de amores,
Y delicias sin fin;
Cubrió el escombro y sangre con las rosas,
Y escoltó de pintadas mariposas
Tu trono de jazmín:

Y concedió a pesar de mil enconos
Tres flores inocentes a tres tronos,
Que dignos de ellas son;
Al portugués, ilustre por su Gama,
Al español, querido de la fama,
Y al de la fuerte Albión.

¡ Reina gentil ! La aurora de tu día
Guerra devastadora cual solía,
No puede ya empañar:
De tu regio festín en la etiqueta
No vertirá una lágrima indiscreta
Tristísimo pesar.

Sonarán arpas de oro con tu gloria,
Que dirán a tu lado la victoria
Del ínclito Adalid,
Que patria y libertad asegurara
Con el hermoso abrazo de Vergara,
Laurel digno del Cid.

Laurel que absorto el mundo no creía,
Do se vieron valor y cortesía
Puestos en el crisol;
Sin par en las historias y en el mundo,
Por cuanto va ciñendo el mar profundo,
Por cuanto alumbra el sol.

Dios que te dio de flor vida olorosa,
Tu existencia de almíbares y rosa
Guardó del huracán;
Era el suelo de sangre, el mundo escombro,
Pero tú has merecido con asombro,
Dormida sin afán.

(Diario Mercantil, 19.XI.1840, pág. 2)

MOURAD BEY. Canto oriental (1)

I

Por el mar de Sicilia su camino
Dirige aquel gigante del destino,
Que quiso que adorase el mundo entero
El lampo fulgurante de su acero.
El vencedor del Tíber delicioso,
Que arrulla en frescas noches de reposo
Al pueblo de Quirino, hoy ciudad santa,
Que a los cielos su cúpula levanta.
Se asemeja . la escuadra poderosa
A una nómada tribu belicosa
Que, tras reñidos trances y contiendas,
Ha poblado los mares de sus tiendas.
Debajo de su peso, el Ponto gime
Como tigre de Nubia a quien se oprime
Con doblado eslabón sobre su cuello
Y él indica el furor con el resuello.
Los atrevidos hijos de la Francia,
Que por inclinación desde la infancia
Aman la ruda lid y los laureles,
Respiran fresca brisa en los bajeles.
¡ Veteranos de hierro ! su semblante
Tostó el sol de la Italia llameante,
Y, mientras las enseñas tricolores
Vagan entre los vientos voladores,
Al son de trompa y de clarín sonoro
Cantan himnos de guerra en blando coro.
¿ Dó van ? ¿ Qué airado impulso les anima
A buscar lauro y prez de extraño clima ?
¿ Y les importa acaso el derrotero ?
Ellos siguen con ánimo altanero
Al coloso del mando y de la gloria,
Que a su sombra respiran la victoria,
Y en su ceño sombrío algún momento
Vislumbran un osado pensamiento:
Siguen: ¿ no van con él ? ¿ Qué importa a dónde ?
Manda: su voz es ley; nadie responde.

Malta y Candía se quedan tras la flota,
Que sigue raudamente su derrota;
Déjanse ver el monumento osado
Al vencido Pompeyo consagrado
Y minaretes mil, que, por decoro,
Coronados están de lunas de oro,
En donde la luz cándida del día
Da el último reflejo de agonía.
Encima de los puentes, el soldado
Contempla el horizonte terminado
Por una faja blanca, hermosa y pura,
Que le sirve de mágica cintura,

Y clava allí sus ojos con presteza
Como suele el avaro en su riqueza.
Esa es Alejandría la famosa,
La que entre dos océanos reposa,
El uno de ola azul, ola serena,
Y el otro triste y árido de arena.
¡ El Egipto ! ... Veréis un mar de espigas
Y palmas que os darán sombras amigas;
El Nilo no sujeto a guardar linde
Que al Piélago espumoso al fin se rinde
Con un grito salvaje y furias locas,
Pagando su tributo en siete bocas;
Y veréis el desierto que se inflama,
Si sopla el simóún, viento de llama
Veréis fresca Oasis con praderas,
Sombreadas de hermosas datileras,
Tapiz de flor que el ceferillo halaga,
Cristal murmurador que sed apaga,
Aromas y placer y puro ambiente,
Que pesar en el alma no consiente
Un país con altivos monumentos,
Rasgos de temerarios pensamientos
Escritos sobre piedras colosales,
Cifras para los siglos inmortales,
Despojos de otros mundos y otras eras,
Que admiren las edades venideras;
Templos con jeróglíficos oscuros,
Esfinges de granito y altos muros.

¿ A quién sirves, ciudad encantadora,
Amada de Alejandro cual señora ?
La esclavitud te oprime; lloras penas.
Te visten de tisú, mas las cadenas
Atadas a tus pies dan un sonido
Melancólico y duro y desabrido,
Debajo de tus fimbres rozagantes,
Que enlazan oro y perlas y diamantes.
El mameluco impávido y severo
Esclavizó el Egipto con su acero,
Y Mourad Bey, tu dueño o tu verdugo,
A tu cuello de flor impuso el yugo.
Hoy, lejos de tus torres y tus vallas,
Y a Koraim fiando tus murallas,
En las frescas isletas y verdores
Del Oasis de Helló, sitio de amores,
Se adormece entre frescos sicomoros
Al murmullo de céfiros sonoros.
Y las hijas del Cáucaso amorosas,
Ceñidas de jazmines y de rosas,
Mal cubiertos sus miembros celestiales
De la espuma sutil de verdes chales,
Le recrean con dulces embelesos
Y humedecen sus labios con sus besos.
No sabe que en tu mar los tres colores
Ondean en bajeles voladores;
Que el capitán del siglo, el hombre fuerte,
Que empuña la guadaña de la muerte,

A quien nada se opone ni resiste,
En ti clavó sus ojos, ciudad triste.
¡ Sus ! Deja tu letargo, que te auguro
Muerte y desolación; cubre tu muro;
Ennegrecean tus torres elevadas
De beduinos indóciles mesnadas
Y tropa de genízaros inquieta,
Soldados del Corán y del Profeta.
Tremola en tus almenas tus pendones,
Rechinen las cureñas y cañones,
Que, cual furias de muertes plañideras,
Asomen negra boca en las troneras.
Cercano está el león, teme sus garras.
Afilen ya sus corvas cimitarras
Y prevengan los tuyos lanza y casco
Templados en las aguas de Damasco.

El agua azul y verde cariciaba
La quilla de un batel que deslizaba,
Dando al aire sutil con arrogancia
Los pliegues de la enseña de la Francia.
Veíase allí un hombre: su semblante
Sombreaba una selva vacilante
De penachos y plumas que flotaban
Y las fuertes cabezas adornaban
De diferentes jefes y guerreros,
En las brechas y asaltos los primeros.
Fijos en él los ojos mantenían
Y en sus facciones ávidos leían
Oculto porvenir ... un movimiento
Les marcaba un destino y un portento,
Y esperaban su voz con triste anhelo,
Como voz de un oráculo del cielo.
El desplegó los formidables brazos
Que, en su meditación, con fuertes lazos
Mantenía cruzados sobre el pecho,
Para el cual era el mundo muy estrecho;
Y por fin exclamó: "Tiranos Beyes
A Egipto han sujetado a duras leyes
Y, en medio de sus furias altaneras,
De Francia despreciaron las banderas:
Pronto tremolarán para escarmiento,
Halagadas del hálito del viento,
Encima de tus muros vacilantes,
Ciudad de torres altas y gigantes,(2)
Esclava de Mourad que te domina,
Hermosa y despreciada concubina,
Llena toda de lazos y de flores,
Gastado el corazón con los dolores,
Ceñida de las perlas del Oriente,
Con saliva de escarnios en la frente,
Y que ocultas con fimbrias do azucenas
Los grillos de tus pies y tus cadenas".
Calló Napoleón ... a sus acentos
Respondieron armónicos concentos
Y el himno del combate: "Con constancia
Velemos por la gloria de la Francia".

Los soldados cantaban y aplaudían
Y de los altos buques descendían
A ligeros esquifes, cuyos remos,
Ensanchando sus ágiles extremos,
Con un golpe monótono, importuno,
Azotaban la espalda de Neptuno.
Poblado el mar de altivos batallones,
Gemía con tal peso en sus regiones
Y, al brillo de las armas y reflejos,
Creyó que el sol volvía desde lejos,
Deshaciendo su curso ya finado,
A iluminar su reino dilatado.
Ved cuál pisan las húmedas arenas
A combatir las hordas agarenas,
Lannes, Dumas, Rampon el atrevido
y Murat, todo armado y guarnecido,
Sombreando con triple penachera
Su mirar de león, su vista fiera;
Verdier, Balliard y Kleben esforzado.
Y animoso Junot, feliz soldado.
Diríase que al margen del Leteo,
Sin asomar el esplendor febeo,
Se alzaban altas sombras que en la historia
Dejaron consignada su memoria;
Que la sombra de Aquiles, como un monte,
Saltaba de la barca de Caronte;
Que César y Alejandro sin segundo
Venían a buscar un nuevo mundo;
Que el de Vivar venía de arrancada
Fulminando las iras de su espada;
Que los Dioses de Homero por ventura,
Centellantes en ojos y armadura,
Salían de las ondas vacilantes
A domar el furor de los gigantes.

La noche que tendía el triste velo
Confundió tierra y aire, mar y cielo,
Y ocultó a los dormidos Musulmanes
Las tropas enemigas y sus planes.
Del silencio a la sombra misteriosa
Caminaba la armada numerosa
Y, bajo de las altas datileras,
Que a impulso de las brisas plañideras
Agitaban cien brazos desmayados,
Acampaban los ínclitos soldados
Que al coloso francés obedecían
Y a la lid peligrosa le seguían.

Pero apenas la aurora nacarada
Mostró su faz y el onda cairelada
De líquidos aljófares y perlas
Saltó sobre las playas a lloverlas,
El ronco son de trompas y clarines
Se mezcló con la voz de los muecines
Que a la ciudad dormida despertaban
Y su primer azala recitaban:

¡ Dios alto ! Yo protesto firmemente
Que no hay más Dios que Dios Omnipotente,
Que Mahoma es profeta y enviado.
Venid a orar al templo consagrado.
Mas la primer azala en este día
Fue un grito de dolor que recorría
De la ciudad los ángulos y almenas,
Un funeral de lutos y de penas,
Una voz que imitaba los lamentos,
Los repetidos ayes y tormentos
De las griegas, si ven a sus maridos
Sobre el lecho de muerte estremecidos,
Dar el postrer aliento con la vida
En última y eterna despedida.
Los hijos del Corán con voces fieras
Alzan en las murallas sus banderas
Y, viendo los unidos batallones,
Viendo al bravo Murat y sus dragones,
Retan a ruda lid a los cristianos
Con el puñal aleve entre las manos.
Cubren seis mil genízaros crueles,
Del Sultán de Estambul soldados fieles,
Las altas fortalezas erizadas
De cañones, de alfanjes y de espadas,
Y el negro populacho que murmura,
Con el furor las armas se procura.
Encima de una torre prominente
Levanta Koraim su altiva frente
Y su cabeza altiva, arrogante,
Que abultan dobles gasas del turbante,
Y parece un escollo que engalana
Del Ponto bramador espuma cana.

Escuchad esos roncos atambores
Y del himno de gloria los clamores
" ¡ Al asalto ! " La muerte adusta y fiera
Será tan momentánea y pasajera
Como el plomo que vuela cuando zumba
Y concede el reposo de la tumba.
Su espectro asolador que nos asombra
Pasa con rapidez mientras se nombra;
Su imagen es el sueño y, avezados,
No palidecen nunca los osados.
En medio de la lluvia de las balas
Se aplican a los muros las escalas
Y suben veteranas compañías
Como entre los aplausos y alegrías,
Para ocupar el esplendente solio,
Subía el vencedor al capitolio.
Mas ¡ ah ! ... como la hoz en la dehesa
Corta mejor la hierba más espesa,
De Koraim la corva cimitarra
Hiere a la multitud, corta y desgarra
Y en todas partes su feroz cuchilla,
Emula de los rayos, mata y brilla.
De polvo y sangre y de sudor cubierto,
Como tigre cruel en el desierto,

Salta do ve el peligro que le llama
Y a los suyos anima y los inflama.
¡ Fiero Titán ! ... Precipitado corre,
Arranca los peñascos de la torre,
Los suspende en el aire y, cuando asoma,
Sobre los granaderos los desploma.
Al golpe de la mole que derrumba,
Ruedan muchos al foso y hallan tumba.
Dormid en paz:la gloria es vuestro amparo;
No correréis a Menfis desde el Faro,
Ni os volverán a ver amados ojos
Cargados del Egipto con despojos,
Ni, de Mourad vencido, las banderas
Pisarán vuestras plantas altaneras.

Menou, grande en arrojo y en fortuna,
Arrancó la dorada media luna
Que encima de una almena vacilaba
Y del sol al relámpago brillaba;
Pero de aquella almena los cimientos
El fiero Koraim libró a los vientos
Y, bajo de su peso y sacudida,
El adalid francés rindió la vida.
Kleber el alemán, hombre gigante,
Se abraza de la torre más pujante,
De pies en la muralla se asegura
Y deja ver su colosal figura;
Mas la daga de un árabe tostado
Que, como caimán pérfido y taimado,
Se arrastraba a sus pies con fin doloso,
Hirió al caudillo noble y generoso.
Cayó; mas sus soldados que suspiran,
Lejos del ancho foso lo retiran
Y rinden al herido su desvelo
Y por su curación votos al cielo.

Suelen las esperanzas más risueñas,
Coronadas de flores halagüeñas,
Ilusionar al triste quo delira
Y calmar el dolor del que suspira
Y, al borde de la tumba y do sus hieles,
Pintar gratas flores y vergeles;
Pero el traidor, el duro desengaño,
Armado de puñal en nuestro daño;
En medio de ilusiones inocentes,
Asoma su cabeza de serpiente.

Mientras los musulmanes atrevidos
A los francos contemplan ya vencidos,
Y mientras Koraim en su fiereza
No encuentra por cortar una cabeza,
Por otra parte no cede y no resiste
La vencida ciudad al hado triste.
Intrépido Marmont el hacha toma
Y, cual Cíclope duro, la desploma

Una vez y otras mil contra las puertas
Que al impulso tenaz quedan abiertas.
Jamás fue que con ímpetu más fiero
La cabeza ferrada del carnero,
Movida por mil fuerzas y mil manos,
Abriese una ciudad a los romanos.
Cual río que rompió los malecones,
Cual mar que se libró de sus prisiones,
Cual torrente que crece y se desata,
Cual espumosa y ronca catarata,
Se extiende su columna vencedora
Por tu seno infeliz, ¡ oh ciudad mora !

¿ Y quién dirá el estrago de aquel día,
La funesta y atroz carnicería,
El trueno de fusiles y cañones
Y la marcha triunfal de las legiones ?
¿ El grito de las madres dolorosas
Y el lamento de núbiles y esposas ?
El mismo Koraim juzga que sueña
Cuando ve tremolar la altiva enseña
De contrarios soldados y caudillos
Sobre las altas torres y castillos.
Y suspiró el infiel ... Cien hermosuras,
Bellas y desdichadas criaturas,
Adornan su harén, cárcel dorada,
Con el ámbar y el musco perfumada.
Se acordó de sus gracias y embelesos,
De sus dulces caricias y sus besos,
Y lo juzgó ya yermo y desolado,
Por los incircuncisos profanado:
Revolviendo sus ojos de pantera,
En medio del furor y pena fiera,
Blasfemando del Dios de los cristianos,
Su vestido rasgó con ambas manos.

Todo desapareció, que en la porfía
Sucumbió tu poder, Alejandría,
Y en tus muros y plácidas riberas
Se tienden las falanges extranjeras
Y beben de tus aguas sus caballos,
Y de Francia tus hijos son vasallos.

.....

Hay un árabe, un hijo del desierto,
Su origen misterioso es muy incierto.
Dicen que de mujer no fue nacido,
Que recibió su ser, que fruto ha sido
De conjunción diabólica y nefaria,
Entre sombras de gruta solitaria.
Su corazón es duro como roca,
La bala del cristiano, si le toca,
Cae a sus pies más fría que los hielos;

Que invulnerable, hiriéndole los cielos.
Su nombre es inefable y no se explica,
Su nombre es El-Modí, que significa
Con sílaba de arcano y cifra fuerte
Angel del exterminio y de la muerte.
De Abisinia la aljaba poderosa
Suena sobre su espalda vigorosa
Y una piel de chacal de horrenda boca
Le cubre la cabeza como toca.
El solo entre la sombra reservada
De una noche tan triste y desolada,
Mandando su alazán que el viento bebe
Y a los vuelos del águila se atreve,
Recorre la ciudad que está dormida
Y encuentra entre mil balas la salida,
Respondiendo al ¿ quién vive ? del soldado:
" Temblad, raza de infierno y de pecado;
Temblad, hijos del mar, que, por mi celo,
De vuestra sangre infiel se hartará el suelo.
Llegado ya es el término y el día
Que prefijó el Corán: vuestra osadía
Humillarán del Nilo los guerreros
Al vivo fulgurar de sus aceros.
Mi labio, que no miente, os lo predice:
Se levanta el Egipto y os maldice".
Así acabó de hablar y se encamina,
Revuelto como furia serpentina,
Respirando volcanes de una fragua,
Al lago de Natrou, Río-sin-agua.

El Cairo está tranquilo: en sus confines
No resuenan los bélicos clarines
Y la paz que en sus límites encierra
No perturban los ecos de la guerra.
Muy cerca de Boulak, entre praderas,
Alza sus desmayadas datileras
El Oasis de Hellé, sitio dichoso,
Paraíso encantado y delicioso.
Aquí pura es la flor, puro el ambiente,
Purísimo el cristal de arroyo y fuente.
Hay arcadas y grutas de jazmines,
Amor, sombras, deleites y jardines.
De ámbares y rosa baños frescos,
Palacios con dorados arabescos,
Pompa oriental, riqueza desmedida.
Dulce es el respirar, dulce la vida.
Guardan los mamelucos atrevidos
Estos bosques en ocio adormecidos,
En donde Mourad Bey, señor y dueño,
Toma besos de amor, brisas y sueño.
Pabellones de sándalo aromoso
Entoldan su diván rico y pomposo
Y del Asia las auras que son frías
Murmuran entre verdes celosías.
De su harén en las verjas y prisiones
Desmayan en guirnaldas y festones
Las encendidas rosas de Idumea,

Cuya esencia balsámica recrea,
Y sus dombos esbeltos y su muro
Parecen con el sol ser de oro puro.
Aquí las hermosas circasianas,
Frescas como el albor de las mañanas,
Se despojan de túnicas y chales
Y contemplan sus miembros celestiales;
Consultan del espejo al fulgor vivo
Sus más secretas gracias y atractivo,
Empapan en perfumes de las rosas
Sus trenzas ondulantes y aromosas
Y preparan, de amor haciendo alarde,
A Mourad las delicias de la tarde.

El, perezoso y lánguido, olvidados
Del gobierno los públicos cuidados,
Pues ni en ellos medita ni se afana,
Descansa muellemente en su otomana ,
O bien tiñe sus uñas de carmines
O aspira por un tubo de jazmines
El humo que le ofrece Latakía,
Soñando claros cielos de alegría.
¿ Quién te ha de conocer en tal reposo,
Bey de los mamelucos animoso ?
¿ Hijo de la Circasia, así te abates,
Educado en las iras y combates ?
¿ Cómo está en languidez tu mano quieta,
Gloria del Alcorán y del profeta ?
¿ Y cómo tus corceles regalados
En inacción despuntan verdes prados ?
¿ Quién te ha de conocer cuando te mira,
Volcán que has apagado ardiente pira ? ...
Gozarás breve tiempo tus placeres
En medio del Harén de tus mujeres.

Ya la tarde entre sombras se apagaba
Y el eunuco de Tebas las sacaba
De las pilas de pórfido precioso
Do tomaban el baño delicioso.
Jóvenes Icoglanes recorrían
Las secretas estancias y ponían
En divanes de regios pabellones
Blandos y recamados almohadones.
Otros, en pebeteros cincelados,
Quemaban los aromas estimados
Del Arabia feliz ... nubes elevadas
Subían a las cúpulas doradas.
Otros, en platos de oro singulares,
Servían a Mourad gratos manjares,
Frutas de mil sabores y dulzuras,
De Damasco exquisitas confituras.
Las mujeres, en tanto, silenciosas
Caminan sobre alfombras primorosas
Y el Bey pone la vista en todas ellas
Como en el cielo azul de sus estrellas.
A la señal del dueño conocida,

Toca un esclavo de Asia a la escogida,
Que con rubor aviva su belleza,
Y dos eunucos blancos con presteza
Guían su paso leve y tembloroso
A los pies de su dueño poderoso.

Mourad ha respirado un blando aliento
Que al corazón inunda de contento.
La odalisca es persiana, es un encanto
Que adormece pesares y quebranto;
Gentil como las Hadas hechiceras,
Más ágil que las mismas Bayaderas,
Melancólica y dulce en su desmayo
Cual de callada luna tibio rayo.
Pero, mientras el Bey quiere en su anhelo
Ver y adorar la gloria de aquel cielo,
Los gritos de una voz desconocida
Perturban del Harén la paz dormida.
El monstruoso africano que está en vela
Y es de los corredores centinela,
Con ronca voz responde a los acentos
Que suben en las alas de los vientos.
Mourad con furor súbito se avanza
Y fuera del vestíbulo se lanza,
Pero, al ver con sorpresa en su dominio
Al ángel de la muerte y exterminio,
Al valiente El-Modí, cede la entrada
Y le alarga su diestra refrenada.

" Paz contigo (le dice el extranjero),
Maldito quien no empuña el corvo acero,
Cuando por nuestros ámbitos asoma
El infiel, enemigo de Mahoma.
Tú ya no eres señor de Alejandría,
Vencido es Koraim, la turba impía
Del Nilo va pisando las riberas
Y al Cairo se aproximan sus banderas.
¿ Tú esperas entre blandos almohadones
El ímpetu domar de sus legiones ?".
Y Mourad le responde de esta suerte:
" ¿ Qué voces proferiste, ángel de muerte ?
¡ Que seque Alá los dedos de mi mano,
Si he tenido noticias del cristiano !
¡ Que se borre mi nombre y mi memoria
Del libro de la vida y de la gloria !
¡ Que mi sombra se acabe en tal momento
Y que comience agora mi tormento !
¿ Qué buscan los cristianos en mi tierra ?
¿ Qué Sultán los conduce y me hace guerra ?".
El-Modí contestó: "Desde la cuna
Odiaron los cristianos nuestra luna:
Su país es estéril, no produce;
Su sol es moribundo y, aunque luce,
Alumbra sin vigor ni fortaleza
Sus páramos de espinas y maleza;
Sus ríos son arroyos lisonjeros

Que no apagan la sed de sus guerreros,
Y no saltan jamás su cauce estrecho,
Mezquino cual sus almas y su pecho.
Anhelan nuestros climas y riquezas
Y de nuestras esclavas las bellezas.
Su Sultán, aunque vano y engreído,
Lleva humilde caftán, pobre vestido,
Y débil, sin vigor, sin fuerza mucha,
Sucumbirá a las iras de la lucha,
Que no puede su brazo delicado
Blandir tu corvo alfanje, por pesado.
Arma tus mamelucos prontamente;
Yo llamaré a la lid la egipcia gente,
Cruzaré los desiertos arenosos,
Reuniré los sirios belicosos
Y pasaré a los filos de mi espada
Los jefes de esa tribu afeminada.
Mi voz es la de Alá, que inflama y quema:
A ellos y a sus hijos, ¡anatema!".
Así cesó de hablar y, al punto mismo,
Desapareció aquel ángel del abismo.

Mourad ruge con furia de pantera,
Que en el lazo cayó, y se desespera.
Brillan entre las sombras sus dos ojos,
Sedientos de venganza y de despojos,
Y su voz, como trueno estrepitoso,
Conmueve del Oasis el reposo.
A sus ecos responden gritos fieros,
Quedan los mamelucos altaneros
Y el estrépito crece y no se apaga
Y por vastos confines se propaga.
Acorren los apuestos campeones,
Relinchan fieramente los bridones
Y retumban por los bosques y espesuras
Sonidos de marciales armaduras.
El mismo Bey ensilla su caballo
Y, dando una mirada a su serrallo,
Salta como la fiera más dañina
Y a la ruta del Cairo se encamina.

Bonaparte el desierto ya salvaba
Y del Nilo en la margen ya acampaba;
Allí con alma tétrica y sombría
A sus soldados ínclitos decía:
" Para volver a Francia hay un camino
Que alfombra de laureles el destino:
¿ Sabéis cuál es ? El campo de batalla.
Mañana se abrirá ... " - (Suspira y calla).

.....

Ya la aurora mostraba su faz leda
Entre nubes de grana, de oro y seda,

Y en los campos de Menfis dilatados
Tendía de su luz rayos dorados.
La estatua de Memnón, alto coloso,
Dormía en las arenas con reposo:
Cayó al rigor del tiempo temerario,
Que le puso su polvo por sudario.
Disipada la niebla, se veían
Tres pirámides duras que subían
Sus altaneras cúspides al cielo,
Compitiendo con nubes en su vuelo:
Tres montañas compuestas de granito,
Do el orgullo del hombre se halla escrito.
El tambor con sus ecos anunciaba
Que la armada francesa se acercaba
Al pie de los altivos monumentos
Que burlan las edades y los vientos.
A su vista se muestra entusiasmado
El generoso pecho del soldado
Y entonces, cual profeta y adivino,
Alzó la voz el hombre del destino:
" Llegado es, valientes, el momento
De humillar de Mourad el ardimiento;
Del Egipto a los duros opresores
Queda una luz de escasos resplandores;
Y desde esas pirámides gloriosas,
Que atraviesan los siglos silenciosas,
Cuarenta edades muertas hoy os miran
Y vuestro esfuerzo singular admiran".
Mil vivas entre tanto resonaron
Que a los oídos de Mourad llegaron.

Este, en golfos de arenas procelosas,
Ha extendido sus huestes numerosas
Y, encima de su tienda, el aura inquieta
Agita el estandarte del profeta
Con brillante luna coronado
Y de flotantes crines adornado.
Erízase su campo de cañones
Y velan sus altivos campeones:
Los Espahis, Genízaros fogosos,
Y diez mil mamelucos orgullosos.
Llenas están del Nilo las riberas
Que murmuran con ondas plañideras:
Hay coftos, hay armenios y africanos
De países desiertos y lejanos
Y árabes errabundos que se agitan
Y el botín y el pillaje solicitan.
Estas nómadas tribus que vocean
El pie de las pirámides rodean.

Napoleón avanza: astuto explora,
Mide el campo del enemigo y lo devora
Y concibe su plan, que en breve pieza
Salta exacto y feliz de su cabeza.
A su voz por los jefes repetida,
Su armada en seis columnas dividida

Ocupa la llanura prontamente
Con impulsos iguales obediente.

Un espantoso grito prolongado
La augusta soledad ha perturbado:
Mourad, a quien rodean veinte hermanos,
Blandiendo agudos hierros en sus manos,
De las alturas de Babeh desciende
Y en fogoso corcel los aires hiende.
Un broche de esmeralda y de diamante
Sostiene el bello airón de su turbante
Y a impulso de las auras se desata
Su rozagante ropa de escarlata.
Ya de sus mamelucos está al frente
Y les habla con voz omnipotente:
" Ved, hijos de Circasia y del Profeta,
Al mísero cristiano que nos reta,
Que de sus pobres climas desterrado,
Do arrastraba su oprobio con enfado,
Do vivía sin gloria y sin decoro,
Al Nilo se llegó sediento de oro;
El quiere profanar nuestros serrallos
Y pisarnos, en fin, con sus caballos.
Ved las tribus malditas: ¡ sus cabezas
Rodarán por desiertos y malezas !
Avancemos con armas y corceles:
¡ Desolación y muerte a los infieles !".

Con ímpetu de airados huracanes
Avanzaron los duros musulmanes
Y a su choque de bárbara arrogancia
Vacilaron los hijos de la Francia.
La columna un momento desquiciada,
Cual nave por las olas asaltada,
Vio brillar sobre sí el temible acero
De Mourad, que embistió cual león fiero.
Pero con animosos corazones
Se cerraron iguales las legiones
Y el tenaz enemigo al punto encalla
De agudas bayonetas en la valla.
Carga otra vez con furia y heroísmo
Sobre columnas seis a un tiempo mismo
Y choca con sus lanzas y sus sables
Con seis muros de hierro inconquistables.

Napoleón, visible a sus soldados,
Es un fiel talismán contra los hados,
Es grande en su reposo y en su calma,
De las sangrientas lides es el alma;
Mas ya llega el momento decisivo:
Un torrente impetuoso y muy activo
De seis mil mamelucos carga el centro
Y es infernal, es hórrido el encuentro.
Abrese la columna y mil cañones
Con hondas y espantosas explosiones

Arrojan la preñez de su metralla
Que da glorioso fin a la batalla.
Ceden los musulmanes: sobre el suelo
Cubre a los más osados mortal velo;
Perecen de Mourad los veinte hermanos
Y extienden en el polvo yertas manos,
Pues caen con destinos tan severos
Caballos juntamente y caballeros.
Temen las otras tribus y se agitan
Y en turbias oleadas precipitan
Con su oprobio su fuga desgraciada,
Su torpe y vergonzosa retirada.
El Nilo entre sus linfas ondulantes
Se lleva cimitarras y turbantes
Y caftanes de seda y ceñidores
De alto precio por piedras y labores.
Mourad, lleno de sangre, ardiendo en ira,
De su Alá blasfemando se retira
Y medio alfanje empuña con su mano,
Que su alfanje rompió contra el cristiano.

Entonces, un soldado envejecido
Debajo las enseñas que han vencido,
Apoyado en grietas y hendiduras,
Trepó varonilmente a las alturas
Que mide una pirámide altanera
Y allí clavó de Francia la bandera.

II (3)

Sobre el bruto Abisinio fatigado,
El turbante de sangre salpicado,
Desatada la larga cachemira
Que en flojas gasas sin aliño gira,
Deteniendo colgado de su cinto
Un atagán con pomo de jacinto,
Deslucido el realce de oro y plata
Que abruma su vestido de escarlata,
Se ve Mourad salvar el campo triste
Do la muerte al festín desnuda asiste,
Do en lúbrica algazara y desconcierto
Mesa tendrán los buitres del desierto.
Su labio, que en la lid osada y fiera
Se mordió con los dientes de pantera,
Mana copiosa sangre, que camina
Por hebras de su barba blanquecina
A eclipsar una luna de diamantes
Que en su pecho da brillos fulgurantes.
El casco del corcel golpes profundos
Sacude a sus soldados moribundos,
Que en sus extremas ansias tristemente
Volviendo hacia la Meca torva frente,
Celosos de sus ritos y funciones,
Con arena se dan las abluciones,
No hallando a su lado linfa clara

Que por última vez limpie su cara.

Mientras el Bey revuelve a todo lado
Su rostro de león, hermoseado
Con hondas cicatrices, que son prueba
De aquel valor que en las entrañas lleva;
Mientras a su trotón larga la brida,
Detestando la luz aborrecida,
Se presentó una tétrica figura
Como visión de abierta sepultura
Que, sacudiendo un velo hecho pedazos,
Extendió con furor gigantes brazos.
Y El-Modí, nacido del abismo,
Igual en fealdad sólo así mismo,
De origen o nefando o muy incierto,
El monstruoso centauro del desierto.
El corcel respingó como asustado
Y sacudió su crin enarmonado;
Pero bufando, al fin cedió a su freno,
Que de su blanca espuma dejó lleno,
Y con dura opresión y grave pena,
Cual clavado quedó sobre la arena.
" Sé (dijo el fiero monstruo) tu derrota
Y tu valor el sufrimiento agota.
Desde el séptimo Edén de claras fuentes,
Muerta o tibia la fe de sus creyentes
Ha visto el grande Alá, que su mirada
Penetra todo el mundo y lo anonada.
De sus hijos a estúpido delirio
Opuso los remedios del martirio
Y su sangre es un manto de rubíes
Con que enamorarán a las huríes.
Olvidaron su ayuno y sus rigores
Y, ebrios con el placer de los licores,
Murmuraron tal vez, porque Mahoma
Vedó el dulzor del vino que es de aroma.
Pero ese mismo Alá que nos condena
Al rigor de la raza nazarena
Y que con duro enojo nos castiga,
Hará nacer la flor par de la ortiga
Y, en medio de malezas ponzoñosas,
En tálamo de espinas dará rosas.
Encenderá su viento que es de llama ,
Que vísceras recónditas inflama,
Que abrasará en el hórrido desierto
Al que tiene por Dios a un hombre muerto.
Esa raza infernal, raza maldita,
Que de su tierra infame está proscrita,
No volverá a sus ríos, ni a sus fuentes,
Ni el son escuchará de sus torrentes
Ni dulce voz de madres y de esposas,
Que, en vez de poner sartas olorosas
En los lechos que esperan los amores,
Los cubrirán de lutos y dolores.
Consumirá la peste a sus guerreros
Y, bajo de finados caballeros,
Morirán al rigor de ardiente clima

Sus caballos sin nombre y sin estima.
Oye mi voz: primero que el cristiano
Se tienda como dueño y soberano
De tu sagrado Harén por los vergeles,
Al respirar perfumes de claveles;
Antes que Hellé resuene con su acento
Y en Boulak y en el Cairo tome asiento,
Acorre y arrebata tus mujeres,
No sirvan a sus gustos y placeres;
No marchite el infiel con necio orgullo
La mejor flor y el virginal capullo.
A la par de tus cándidas bellezas,
Llévate tus tesoros y riquezas.
Esos incircuncisos que triunfaron
Las hijas de la Francia abandonaron.
Su encanto no seduce ni embelesa
Y en nuestro santo Harén buscarán presa!"
-"¿ De qué sirven al peso de la guerra
(dijo Mourad) las bellas de la tierra ?
Mi tesoro es mi falange y mi caballo:
No me nombres placeres del serrallo.
Mas ¡ ah ! ... que el corazón dice que miento ...
Que allí tengo la vida y el contento.
¡ Jóvenes e inocentes criaturas !
No gozaréis más días de ventura
Ni vuestro enamorado antiguo dueño
En regazos de flor tomará sueño.
Ya no me cantaréis himnos de amores
Ni moveréis los pies con mil primores,
Escarchados de perlas y topacios,
En medio de mis célicos palacios,
Ya no me ofreceréis mejillas puras,
De Damasco sabrosas confituras,
Ni sorbetes que empañan los cristales
Ni en platos de riquísimos metales
El fruto de la vid que amarillea
En el terreno fértil de Idumea.
Mas antes que atrevido Nazareno
Marchite la beldad de vuestro seno;
Antes que de Mourad en duro agravio
Humedezca el carmín de vuestro labio;
Antes que yo consienta mi mancilla,
Moriréis al rigor de mi cuchilla.
Vuela, El-Modí: publica en tu camino
La voz de mi derrota y mi destino;
Toda la zona de Africa te atienda:
El moro de Sennar, el abisinio
Que derrama la muerte y el exterminio
Y los pueblos de Nubia y Etiopía,
Y corran a vengar mi muerte impía".
El-Modí respondióle:"En mi ardimiento
Coloca tu esperanza y tu contento:
Sacaré de su vaina, cual conviene,
La espada zufalgar que Gabriel tiene".
Dijo, y cual manga de humo desatado
Que salta de un lugar vulcanizado,
Huyó el monstruo entre sátiro y arpía,
Afrenta de la luz, baldón del día.

-=======-

En las urnas de plata cinceladas,
Do el fuego da brillantes llamaradas,
Los eunucos de Hellé gomas ponían
Que del serrallo de Estambul se envían,
Y las bellas pasaban sus momentos
Del Asia con las fábulas y cuentos
Llenos de maravillas y de encantos,
Pensiles de purpúreos amarantos
Y grutas de cristal y hadas hermosas,
Dominadas en sus tálamos de rosas.
Veíase allí Zora la persiana
Sobre un tapiz de seda, de oro y grana.
De Mourad a los lúbricos placeres
La vendieron de Ormuz los mercaderes,
Y es pura en lineamientos y facciones
Y linda y extremada en perfecciones
Como aquel pabellón que Dios hiciera,
Antes que Adán en el Edén naciera,
Con singular primor y arte secreta,
Para cubrir del sol a su profeta.
Veíase allí Fátima, tan bella
Como el fulgor de matinal estrella,
Igual a la nacida de Mahoma,
Dando al padre sus ósculos de aroma.
Veíase Kelmira, cuyos ojos
Roban los corazones por despojos;
Y Gulnara, tan rica en su madeja,
Que a besar su talón cae y se aleja,
Y otras seis que, con gasas y con plumas,
Parecían marfiles entre espumas,
Dieron fin a consejas peregrinas
Y soltaron así voces divinas:

Canto al profeta

Es hija de Vahob la hermosa Amena,
Mujer que sin fatiga encaesció:
Del claustro de su vientre de azucena
Un astro de virtud Alá sacó.

Vio la luz el Legado de los cielos
Y cayeron del rico pedestal
Los ídolos, sus gasas y sus velos,
Sus columnas de pórfido y metal.

De los persas los fuegos se apagaron,
Se estremeció el palacio de su Rey
Y sus catorce torres derrumbaron
Respetando al Legado y a su ley.

Una nube llevó al recién nacido
A las santas mansiones del Edén,
Do fuese por los ángeles mecido
Y halagado con ósculos también.

Y de Josef le dieron la hermosura
Y almibarada lengua de Ismael,
La castidad de Juan sencilla y pura,
Corazón de león y hablar de miel.

Y en aromas de Arabia lo envolvieron
Y pusiéronle túnica de flor
Y al seno de su Amena lo volvieron,
Que respiró delicias de su olor.

Halima le dio el pecho: en él tenía
Dos fuentes de alabastro y de jazmín,
Que manaban la miel con ambrosía
Y destilaban ámbares sin fin.

.....

Se interrumpió su canto y su tonada
De Mourad con la súbita llegada
Y, viendo su vestido ensangrentado
Y su torvo mirar y rostro airado,
Temblaron cual palomas inocentes
Si las plumas del águila inclementes
Dibujaran negra sombra en los breñares
Do arrullan en su amor o en sus pesares.
Así, cuando el ambiente se halla en calma
Se duerme del Jordán la fresca palma
Y ni menudas hojas de jazmines
Se mueven en las cercas y jardines,
Mas al soplo de brisa plañidera
Se estremece la lánguida palmera
Y no hay hoja en los montes y sus faldas
Que no agite su trono de esmeraldas.
Zora tendió los brazos a su cuello
Y de Mourad frenético el resuello
Empañó aquel semblante de azucena,
Iris del corazón y luna llena.
" Sombra de Alá, le dijo la persiana,
¿ Quién provocó tu furia soberana ?
Tranquilo está tu Harén: áspid doloso
No penetró en su seno misterioso
Ni emponzoñó con hálitos letales
Tus lirios, tus jazmines y rosales.
Todas tus odaliscas han llorado
Tu ausencia en largas horas de cuidado
Y te guardan por único tesoro
En pomos de cristal ese amargo lloro
Con que limpies tus manos fatigadas.

Del sucio polvo de la lid manchadas".
" ¡ Infeliz !, dijo el Bey, mi torpe afrenta
De Cheops la pirámide cuenta:
Mis soldados el polvo han arañado,
La espada de Azrael los ha segado
Y queda a mi desdicha un rumbo incierto:
La muerte o las arenas del desierto.
¿ Y qué esperáis, oh hiedras desprendidas
Del tronco do estuvisteis tan unidas ?
Flores sin una gota de rocío,
Fibras del corazón del pecho mío,
Estatuas de marfil sin pedestales;
Llanto de las auroras celestiales,
Palomas entre buitres carniceros,
Soles sin luz y noches sin luceros ?
¿ Y el labio de los pérfidos infieles
Libarán (4) vuestros ósculos de mieles ?
¿ Y podrá profanar su mano inquieta
Las delicias del hijo del profeta ?

.....

Todas las hermosas, con el velo
Cubrieron su mirar de hermoso cielo
Y debajo del velo suspiraron
Y las alfombras pérsicas mojaron.

.....

" ¡ Moriréis, moriréis ! ... El Nazareno
Ensangrentado mirará ese seno,
Que a las caricias de amor se mueve,
Siempre en agitación su blanca nieve".

.....

Zora cayó a sus pies, Zora gemía,
Mientras el Bey furioso requería
El pomo á su athagán de acero duro,
Escondido en la vaina de oro puro;
Pero el grito de fieros mamelucos
Y ronca voz que dieron los eunucos,
Anunció que llegaban los cristianos
Blandiendo agudos hierros en sus manos
Y, arrancado por fieles servidores
De aquel sitio de fuentes y de flores,
Dando riendas Mourad a su caballo,
Se alejó prontamente del serrallo.
¡ El serrallo ! Cubramos sus escenas,
Sus gritos y sus lloros y sus penas
Con inmensa cortina y largo velo,
Tan negro y funeral como su duelo,

Y basta que en sus frescos bosquecillos
Y pórticos, do forman mil anillos
Los arabescos de oro fulgurante,
Con mano temblorosa y vacilante
"Profanación del tálamo" escribamos,
Dando al llorar lo que a la voz negamos.

Al pie de los tres montes de granito,(5)
Que en el inmenso curso que han descrito
Respetaron los años voladores,
Do duerme Faraón con sus mayores
Guardado por esfinges colosales,
Que velan en las tumbas eternales,
Como si entre confusas paradigmas
Propusiesen al mundo mil enigmas,
Se apagó, como el viento cuando calla,
El clamoroso son de la batalla.
Sólo cuando en él último celaje
Tendió la negra noche su cortinaje
Matizado de estrellas y luceros,
Que aconsejan descansos hechiceros,
Al lado de los altos monumentos
Repetían los ecos los acentos
Del fatigado y ronco centinela
Que armado dd fusil está de vela.
De una noche de gloria los soldados
Celebran los instantes adorados:
Unos, cual errabundos peregrinos,
Exploran el desierto y sus caminos;
Otros toman asiento en las cureñas;
Otros besan las mágicas enseñas
Y cantan los adustos veteranos,
Que a la lid avezaron duras manos,
Del joven Bonaparte los laureles,
El dulce amor de sus soldados fieles
Y de la hermosa Italia las victorias,
Do la fama por eco de sus glorias
Los nombres preconiza y eslabona
De Lodi, de Milán y de Cremona.
Otros, entre las sombras registraban
Las gastadas ruinas que quedaban
De un templo misterioso, y parecían
Los sacerdotes de Isis que venían
A explorar los sepulcros y esqueletos,
Indagando diabólicos secretos.
A la rojiza luz de las hogueras
Que levantan sus llamas altaneras,
Se distingue confuso el campamento:
Diferentes legiones y armamento,
De penachos sin fin adornos varios
Y el cuello de los altos dromedarios
Al lado de cautivos musulmanes,
Que lloran tristemente sus afanes.
El campo está sembrado de despojos,
Marlotas ricas, capellares rojos
Y turbantes con perlas y rubíes,
Que en sus pliegues esconden los cequíes.

Del Nilo las cascadas, que a porfía
Prestan a gran distancia su armonía,
Y el cocodrilo en vastos arenales,
Tránsfugo de los nítidos cristales
Que muge con furor, llenan la idea
De esta pintura asiático-europea.
Mas ya brilla la luz de la mañana
Y el penetrante son de la diana
Despierta las falanges numerosas,
Que sacuden su sueño presurosas.
Sobre blanco corcel de largas crines
De Mourad abandona los jardines
Napoleón y al campo se ha llegado
De sus valientes jefes escoltado.
El habla y los soldados con contento
Se estrechan por oír su heroico acento:
" Compañeros de glorias y fatigas ...
Do acamparon las tropas enemigas
Hoy dominái̇s, pisando en sus riberas
Sus armas y caballos y banderas.
La Francia os agradece la victoria.
Compañeros del riesgo y de la gloria,
El Cairo sin defensas en sus vallas
Os abre su recinto y sus murallas
Y os brinda con la calma y el reposo
Que anhela vuestro pecho generoso.
Ya vuestros enemigos son vasallos:
Respetad sobre todo sus serrallos,
La religión, los usos y las leyes
Del país que humillaron duros Beyes.
Y así como la Italia nos ha visto
Respetar a Moisés y a Jesucristo,
Honremos a Mahoma y sus arcanos
En los remotos climas africanos.
Sus Imanes y Ulemas respetemos
Y, entre nuestras conquistas, no olvidemos
Que los romanos, sabios y guerreros,
Unían unos dioses extranjeros,
Dioses de extraño clima, extraño solio,
A los dioses del alto Capitolio".

Dijo, y señala el Cairo: Ved la armada
En la ruta del Cairo escalonada,
Desplegar sus columnas de mil brillos
Como inmensa serpiente sus anillos.
Marchando va ... Ya tocan sus banderas
Que en el largo triunfo van primeras
A la puerta del Nilo y van pasando
Sus hermosos coloros ondeando.

Salta el pueblo del Cairo en oleadas
Y se muestra en las torres elevadas,
Minaretes y hermosas galerías,
Do el alba derramó sus auras frías.
Así turba de abejas con desvelo,
Cuando rompe la noche oscuro velo,

Se tiende por los valles de las rosas
A libar sus esencias olorosas,
Zumba el vulgo de alados armadores
Entre el vulgo pintado de las flores,
Que como dan sus néctares con sobras,
Todo es vida y vigor, hierven las obras.
Encima de los techos, los turbantes,
Matizados de tintas muy brillantes,
Prosentan un mosaico que se anima
Bajo el azul de aquel sereno clima,
Y una lluvia de lirios en las calles
Les da profuso aroma de los valles.
Los redobles del parche de las lides
Van marcando el marchal de los alcides;
La trompa y el clarín de son guerrero
Engríen al caballo y caballero
Y acordados y dulces instrumentos,
Hablando al corazón, rasgan los vientos.
Sombreados de crines altaneras
Que adornan con desmayo sus cimeras,
Desfilan los intrépidos dragones
Que hielan de pavor los corazones.
Hace saltar su brazo con fiereza,
Como un juego de niño, una cabeza.
Siguen los cazadores vigilantes
Al compás de sus sables resonantes,
Los húsares vestidos a porfía
Con suma profusión y gallardía
Y aquellos artilleros, cuya mano,
Tostada entre las fraguas de Vulcano,
Sembró duras preñeces de cañones
De Mourad en las ínclitas legiones.
Marchan otras falanges muy guerreras
Y brilla entre las armas y banderas
La de Arcoli, la noble y sacrosanta,
La cual su ornato tricolor levanta.
Vense republicanos engreídos
Ostentar el azul de sus vestidos
Con las fatigas bélicas gastados,
Con sangre y con sudor condecorados.
Alza el pueblo su grito de repente:
" El es, el hombre grande, armipotente,
Enviado de Alá, que oye su ruego:
Es el Sultán Kebir, señor del fuego.
La fama pregonó sus maravillas:
Vedle y temblad, doblemos las rodillas".
Era Napoleón ... en este modo
Su nombre atronador lo dice todo.
La armada con un fin y un solo instinto
Se pierde en aquel vasto laberinto.

Doce veces el sol resplandeciente
Derramó los topacios de su frente
Sobre el muro del Cairo, que sin Beyes
Seguía de la Francia nuevas leyes,
Y era el día en que el Nilo, rebosando
Y oprimido en la presa, está esperando

Saltar, rotos sus grillos y cadenas,
A fecundar estériles arenas.
El vencedor ejército orgulloso,
Sacudiendo delicias del reposo,
En africana zona ya se apresta
A celebrar republicana fiesta.
Truena el cañón, retumba en el espacio,
Mientras Napoleón deja el Palacio.
Le siguen los cherifes adornados
Y del Diván los viejos respetados,
Los Agás y el Cadí con los imanes
Y el Muftí, que entre adustos musulmanes
Ocupa gravemente un puesto honroso
Con ornamento sacro y misterioso.
Unidos van los jefes de cristianos
Con todos los emires africanos
Y de la gran Mosquea con contento
Ocupan el lustroso pavimento.
Debajo de la cúpula esplendente,
Así entonó el Muftí solemnemente:
" Dad la gloria a Kebir, sultán del fuego;
Ved a Mourad en destrucción completa,
Huye la soledad con furor ciego.
No hay otro Dios que Dios: con santo ruego,
Venerad a Mahoma, su profeta".

I

Disipe Alá su enojo soberano
Y perdone al esclavo que le adora,
Caiga la fuerte espada de su mano,
Caiga sobre Mourad, que es un tirano,
Un horrendo chacal de faz traidora.

II

Alá nos fortifique en su esperanza:
Su soplo disipó los enemigos,
Que temblaron al brillo de su lanza,
Como si el aquilón airado avanza,
Tiemblan las amapolas entre trigos.

Coro

Dad la gloria a Kebir, sultán del fuego;
Ved a Mourad en destrucción completa,
Huye la soledad con furor ciego.
No hay otro Dios que Dios: con santo ruego,
Venerad a Mahoma, su profeta.

III

Suban nubes de esencias olorosas
Hasta el séptimo Edén que Dios habita
Y desde tabernáculos de rosas
Envíe bendiciones olorosas
Al esclavo del suelo que le grita.

IV

El mameluco dijo: El Cairo es mío;
El Egipto es mi joya de Himeneo.
Son mi ley mi cuchillo y mi albedrío.
Yo insulto y escarnezco y desafío
Y he de erigir en Dios a mi deseo.

V

Todos son mis esclavos y vasallos.
Tengo hermoso jardín y tengo el Nilo,
Do beben en holganza mis caballos
Y en los pórticos de oro, en mis serrallos,
Aguzo al atagán su duro filo.

VI

Esto dijo al albor de la mañana
Y el beso recibió de sus hermosas;
Por la tarde tejida de oro y grana,
Vino Kebir : su fuerza soberana
Le destruyó el harén y holló sus rosas.

Coro:

Dad la gloria a Kebir, sultán del fuego;
Ved a Mourad en destrucción completa,
Huye la soledad con furor ciego.
No hay otro Dios que Dios: con santo ruego,
Venerad a Mahoma, su profeta.

VII

Kebir es grande en su encumbrada suerte
Como nuestras pirámides eternas,
Duro en la lid cual ángel de la muerte,
Como el caimán entre las aguas fuerte,
Fiero como el león en sus cavernas.

Así dio fin el himno mahometano
Y con aclamación del pueblo vano,
Que a novedad se inclina y la desea,
Salió Napoleón de la Mosquea.
De su palacio en un salón dorado
Magnífico festín hay preparado
Y exhalan fragantísimos aromas
Del Arabia feliz las ricas gomas.
En círculo difuso colocados
Se ven los adalides esforzados:
Los bulliciosos hijos de Occidente
Con los severos hijos del Oriente.
Y sirven los esclavos las bebidas
Por el Corán al hombre permitidas,
Y arroz con azafrán que amarillea
Y azamboas, racimos de Idumea,
Y el fruto que la palma entre doseles
Guarda sabroso y dulce como mieles,
Y sorbetes de gustos singulares
Que colman cristalinos borcellares.
En tanto que los turcos barba y cara
Ungen con el licor de esencia rara,
Mientras hierve el café con energía
Derramando el vigor y la alegría,
Las Bayaderas, que, en gentil holganza,
Doctas son en las trovas y en la danza,
Con acento de armónicas sirenas
Ensayan estas vagas cantilenas:

I

Es dulce para una hermosa,
Sobre lirios y azahar
Y al ambiente de la rosa,
Dormirse con paz dichosa:
Bello es soñar, bello es soñar.

II

Y soñar que un caballero
Se le viene a presentar,
Brillando con limpio acero
Y con ademán guerrero:
Bello es soñar, bello es soñar.

III

Y que viéndola dormida
Se ha parado a contemplar

Su cintura desceñida,
Su sien lánguida y caída:
Bello es soñar, bello es soñar.

IV

Y del seno descuidado
Aquel subir y bajar
Con suspiros que ha causado
Algún dulce amor soñado:
Bello es soñar, bello es soñar.

V

Y que trémulo la mira
Y que no se atreve a hablar,
Temiendo que, si respira,
Perderá aquel bien que admira:
Bello es soñar, bello es soñar.

VI

Y tanto acercarse anhela,
Que su paso al avanzar
Suena la dorada espuela
Y la hermosa se desvela:
Bello es soñar, bello es soñar.

VII

Y viéndose mal tapada,
Sus formas quiere ocultar
Y se esconde arrebujada,
¡ Mas la gasa es tan delgada !
Bello es soñar, bello es soñar.

VIII

A sus pies el caballero
El perdón viene a implorar ...
¿ Tendrá corazón tan fiero
Siendo su rostro hechicero ?
Bello es soñar, bello es soñar.

Sus manos de serafines
Extiende y le quiere dar ...
¿ Quién no cogerá jazmines
En medio de los jardines ? ...
Bello es soñar, bello es soñar.

Dando fin a la trova deliciosa
Comenzaron la danza bulliciosa.
Sus túnicas por leves transparentan
Sus miembros finos que al marfil afrentan.
Sus velos matizados de colores
Unas veces se mueven como flores,
Otras ciñen la mágica cintura,
Otras van ondeando al aura pura;
Y ya forman el iris de los cielos,
Ya lánguidos desmayan como velos.
Sus lánguidas cabelleras van flotantes
Cual sombras de la luz de sus semblantes
Y el pie va remedando entre las danzas
Mil círculos, mil juegos, mil mudanzas.
Representan sus ojos encendidos
El delirio fugaz de sus sentidos.
Se estremecen sus miembros de contento
Agitados del blando movimiento:
Un ligero sudor los va mojando
Y están en lasitud manifestando
El colmo del placer que los agita,
Mientras el pecho lánguido palpita.

Así se pasan del festín las horas
Entre juegos y risas bullidoras,
Resbalando felices y doradas
De placer y de flor eslabonadas.
Laten de amor entre luciontes mallas
Los pechos que adoraron las batallas
Y se convierte en blando y halagüeño
El rostro adusto y el mirar con ceño.
Mas el pueblo reclama ya el momento
En que el Nilo sonoro y turbulento
Rompa su esclavitud que le maltrata,
Desatado en Océano de plata.
Es siervo colosal de sangre hirviente,
Cuyo amago es feroz, aunque consiente
El yugo alguna vez por distraído,
Encantado león, tigre dormido.
El adalid de Francia se presenta,
Su amor el pueblo y gratitud ostenta:
" Felicidad y gloria eternamente
Al gran Kebir, soldado de Occidente,

Que ha de dar al Egipto delicioso
Un Nilo más azul y más copioso."
El, sobre el arrecife, persevera
En grave calma y actitud severa,
Cual hoy se ve en su altivo monumento
Con alta majestad domar el viento:
La llave tiene en su robusta mano
Cual árbitro supremo y soberano
De fecundar a Egipto y sus confines
O de secar sus campos y jardines
Y, director de la sublime empresa,
Es numen tutelar que abre la presa.

Salta el raudal y con soberbia suma
Estréllase en mil túmulos de espuma,
Y hondo fragor el ímpetu retrata
De aquel mar o aluvión o catarata.
Prontamente extendiendo sus cristales
Fecunda los extensos arenales
Y el cauce que revela humanas huellas
Será un mar por la noche con estrellas.
Viendo su curso raudo, se diría
Que de Amón a los páramos corría
Desde los monumentos atrevidos
Do los Reyes de Egipto están dormidos.
Vense mil barquichuelos voladores
Que se adornan con flámulas y flores,
Con tendales de púrpura de Tiro,
Cruzar el gran canal en vario giro.
Por su fecundidad, toda hermosura
Hace votos al Nilo que murmura
Y arroja entre las linfas chales bellos,
Cintas, lazos purpúreos y cabellos
Y, sostenida en los amantes brazos
Del que forma la dicha de sus lazos;
Con labios de claveles que embelesa,
Después de sonreír, las aguas besa.

=======

Entre dombos de plácido ramaje, (6)
Do muge el viento con furor salvaje,
Ostentando sus plumas de colores,
Cantaban bellas aves sus amores
Que, antes de recogerse en blando sueño,
Como son libres y sin dueño,
Anhelan despedir con alegría
El último fulgor del claro día;
Por eso, entre las sombras de la tarde
Hacían de su voz hermoso alarde.
Las apiñadas nubes de Occidente,
Resbalando en los senos del ambiente,
Figuraban mil torres y castillos
Con sus profundos fosos y rastrillos,
Nuevos mundos, isletas habitadas

De espíritus de amor o bellas hadas,
Y de sus tintas el valor perdían
Y en triste languidez aparecían
A proporción que el sol con más desmayo
Entibiaba el volcán de vivo rayo.
Lejos del Cairo en soledad umbrosa,
Sobre el corcel que vaga y no reposa,
Se ve Mourad sin patria y sin el trono
Nutrir agravios y avivar encono.
Otro tiempo pensaba que su nombre
Sería voz de trueno para el hombre
Y que su alfanje sus hazañas bellas
Con luz escribiera en las estrellas.
Sus flotas en las ondas cristalinas,
Y cargadas de joyas a millares,
Se hundían demasiado entre los mares.
Sus caballos cubiertos de escarlata
Mordían por acero limpia plata
Y, si mucho valían sus palacios,
Más valían sus perlas y topacios.
Las bellas que a su halago sonreían,
Al señor de Estambul agradarían,
Y daban a su sien con blancas manos
Las plumas de avestruces africanos.
¿ Qué sultán, que bellezas atesora,
Los labios desfloró que tiene Flora ? ...
Hoy destronado, suspiroso y triste,
En medio de la pena que le asiste
Recuerda con fatal melancolía
Tu prominente faro, Alejandría,
Tus jardines, Hellé de las venturas,
Paraíso de flor y de aguas puras.
El rostro volvió atrás porque un sonido
Más fuerte que el ramaje estremecido
Turba la soledad y la espesura,
Do el aura gime y el cristal murmura.
El galopar de un bruto fatigado
Una faja de polvo ha levantado
Y se ven a lo lejos sobre el suelo
Brillar las armas y flotar un velo.
Desnuda el Bey su alfanje diamantino
Y al que viene detrás corta el camino.
¡ Cielos ! ¿ Quién podrá ser ? ... Es un cristiano,
Un bárbaro raptor, un inhumano
Que profanó su harén y en su locura
Se lleva por tesoro una hermosura.
Fatigando su fuga noche y día,
Busca una soledad y gruta fría
Do esconda aquella joya que ha robado,
Do libre de testigos, a su lado
Pueda gozar su amor y gracias bellas,
Del mundo rosas, del cielo estrellas;
Do el brazo del Kebir por tal exceso
No muestre su rigor y grave peso.
Mas ¿ quién es esa hermosa y desgraciada,
Esa flor sin edén, y flor robada ?
¿ Esa infeliz y lánguida que llora ?
¡ Cielos ! ¿ Quién podrá ser ? ¡ Ay, Dios !...Es Zora

Como en la nube negra o cenicienta
Deslumbra el rayo en la feroz tormenta,
Brotando chispas y encendiendo enojos,
Brillaron de Mourad los fieros ojos.
Precipitó el bridón de espuma lleno
Y exclamó, deteniendo al Nazareno:
" El buitre con ayuno está extenuado
Y espléndido festín hay preparado;
El tigre tiene sed que le devora
Y hay sangre que beber, sangre traidora;
El infiel al Corán, el sucio perro
Ha entrado en la prisión y mordió hierro.
¿ A qué cueva y abismo que te esconda
Te llevas el diamante de Golconda ?
¿ Cómo pudo soñar tu desvarío
Libar la miel y el néctar y el rocío ?
¿ A dó levantas tarde altivo vuelo,
Gusano que arrastrabas por el suelo ?
¿ Quién te ha de ver en tálamo de flores,
Serpiente torpe y lúbrica en amores ? ...
En tu lívido craneo dividido
He de beber tu sangre, fementido,
Ladrón del Nilo, que no amaste el oro,
Sino todo mi cielo y mi tesoro "...

El cristiano, del bruto que regía,
Resbalar dejó a Zora que gemía,
Que, mustia como un cáliz de azucena,
Desmayada quedó sobre la arena,
Mientras el robador sacó su acero
Y la lid admitió cual león fiero.
Cual dos toros retintos de Jarama,
A quienes de su amor el celo inflama,
Mientras la causa del común cuidado
Pace en el hondo valle retirado,
Esperando premiar al más valiente,
De más vigor en la soberbia frente,
Braman, bufan, patean y en seguida
Chocan con su violenta acometida,
Sin cejar un momento en su paraje,
Agotando las fuerzas y el coraje;
Así lidian los dos, vigor aplican,
Parece que sus brazos multiplican
Y que faltando el tiempo a la venganza,
Es siempre más feliz quien más avanza.
Sus mismos brutos que el laurel desean,
Duramente se muerden y acocean.
Relumbra de Mourad el hierro insano
Y salta la cabeza del cristiano
Y rueda con el casco y la cimera
A ensangrentar la grama en la pradera.
El tronco da su sangre a borbollones
Y cae sin nivel de los arzones.
Desmonta el Bey con furia desmedida,
Mide con su puñal si aún tiene vida;
Hiere, le vuelve a herir y le amenaza
Y con sus mismos dientes atarasa

Las entrañas que el hierro ha registrado
Y su color rojizo han derramado.

Refrenando su bárbaro ardimiento,
Voló a su Zora pálido y sangriento
Y, besando sus labios de claveles,
Así quiso expresar sus ansias fieles:
" Vuelve a lucir en mi horizonte triste,
Estrella que a mi gloria presidiste;
Muéstrame tu mirada que me alienta
En medio de la noche soñolienta.
Ya no te puedo dar, amada Zora,
Las ensartadas perlas de Basora,
Ni del claro Indostán bellos zorzales
Que canten a las brisas matinales
Ni coral blanco y rojo que tu frente
Ciña como corona del Oriente:
Ya perdí mis palacios y jardines;
Sola tú de mis lirios y jazmines
Quedas a embalsamar mi triste vida,
Por Alá y el Profeta maldecida.
Pero te doy mi amor y brazo fuerte,
Un corazón audaz que ansió la muerte
En medio de las balas del cristiano
Y la muerte le huyó, la buscó en vano".

Cual lirio triste porque humor le falta,
Vuelve a vivir, si el arroyuelo salta
Y fecunda la planta bienhechora,
Así de su desmayo volvió Zora,
Y los dos nuevamente se abrazaron
Y en fogosos corceles cabalgaron.

Es tiempo ya que la invencible armada,
Con las flores del Nilo coronada,
Abandone del Cairo las dulzuras
Y sus sueños de halagos y venturas:
¡ Soldados vencedores de la tierra,
Fundidos de metal para la guerra,
No corvas cimitarras de Damasco
Debéis burlar con diamantino casco,
Que más afán y más difícil prueba
El rigor triste de los hados lleva !
Vosotros, que si el plomo airado zumba,
Con aferrados pies os guardáis tumba,
Caéis sin murmurar, como dormidos,
Y, muertos, espantáis, cual no vencidos,
Temed por fin, porque en remoto suelo
Os ha de combatir el mismo cielo.
El desierto es un mar, su abismo llena
De golfos y más golfos con arena;
Hierve con encontrados torbellinos,
Borra sus mismas sendas y caminos
Y, ocultando las víctimas que engaña,
Les da por cenotafio una montaña.

El sol que os alumbró en Alejandría
Os engañó con sueños de alegría;
El aura que halagó vuestros bajeles
Era toda de rosas y claveles
Y hay un viento de llama que calcina,
Cuyo soplo infernal, furia dañina,
No conoce del Sena la ribera,
Ni el jardín de la Italia lisonjera.

La fama con su trompa ha pregonado
Que Mourad, de mil tribus ayudado,
Con sangre de Kebir vengar intenta
De las altas pirámides la afrenta;
Que en su palacio de Boulak un día,
Vencedor de la bárbara porfía,
Con cabezas sangrientas y cristianas
Ha de poner seguras barbacanas
Y que un lago de sangre caudaloso
Ha de correr por el abierto foso:
Que al Bajá furibundo de Idumea
Brinda Nelson socorro en la pelea
Y que el Sultán Selim ha preparado
Una jaula de hierro con candado
Que encierre de los francos al caudillo,
Que de Estambul lo lleve al gran castillo.
Y salga alguna vez, cual vil vasallo,
A divertir mujeres del Serrallo.
Que envía sus Espahis altaneros
Y que gruesa falange de guerreros,
En triple encordato y nueva alianza,
Contra la enseña tricolor avanza.

Del parche y del clarín al ronco acento
Se pone la gran masa en movimiento,
Cual río que, sus aguas aumentando,
Invade su dominio murmurando.
Desaix sigue del Nilo la ribera,
Otros llevan a Siria su bandera;
Pero Napoleón, firme y experto,
Camino se abrirá por el desierto.
Lannes sigue su amada compañía
Y Kleber, que llegó de Alejandría,
No sintiendo su herida por reciente,
Pues no hallarse en la lid es lo que siente.
Murat y sus dragones arrogantes
Van siguiendo detrás de los infantes.
Sus miradas revuelven los soldados
Hacia los minaretes elevados
Y cúpulas del Cairo prodigiosas...
¿ Quién sabe si recuerdan sus hermosas ?
¿ Quién sabe si con plácido embeleso
Saborean la miel de un dulce beso
O caricia sabrosa, interrumpida
Por el ronco tambor de la partida ?
Mas, ¡ah! ... todo les huye por momentos,
Muros, torres y altivos monumentos;

Todo se desvanece sin consuelo:
Queda la soledad, arena y cielo.

¡ Horrible soledad ! Aquí no hay fuentes
Con cintas de cristales transparentes;
Con los bordes de flor, lagos azules,
Con susurrantes toldos de abedules;
Ni sombra do descanse el peregrino
Y se limpie del polvo del camino;
No hay tronco robusto y preparado
Para dejar el báculo pesado;
Ni de un ave la plácida tonada
Que distraiga el fastidio en la jornada;
Ni un eco, ni un sonido, ni una queja,
Murmullo de hoja, ni zumbar de abeja.
Inmensidad sin culto ni atavío,
Que lágrimas se bebe por rocío:
Monótona, infeliz, siempre la misma,
Do el cuerpo sufre cuando el pie se abisma;
Dominio de la nada que fatiga,
Caos suelto del caos que no abriga.
A la vez ven los ojos la palmera,
No destacarse airosa y altanera,
Desplegando abanicos de frescura,
Reina sin par en singular altura;
Sino toda de arenas asaltada
Y, en ellas, casi hundida y sepultada,
Pues su acumulación, con lazo crudo
Ha llegado a estrechar su último nudo.
Ven un nogal de espinas erizado,
Un desnudo peñasco, que ha marcado
Su rumbo a diferentes caravanas,
De remoto país tribus lejanas;
O bajo el horizonte han distinguido
Pasar un avestruz que corre unido
A tímidas gacelas dirigentes,
Agitando sus alas impotentes.
Marcha el soldado suspiroso y mudo
Por un sitio tan tétrico y desnudo
Y de sus labios, que el enojo cierra,
No salen ya los cánticos de guerra,
Inflamando los ámbitos del viento,
Ni las picantes sales de algún cuento.
Recuerda la ribera deliciosa
Del Adige y Tesín, de lirio y rosa,
Do cesando de Marte los clarines,
Se dormía a la sombra en los jardines
Y al lado de hermosuras italianas,
Frescas como el albor de las mañanas,
Unía dulcemente a sus laureles
Los pámpanos y mirtos y claveles.
No obstante, los unidos batallones,
Siguiendo sus insignias y pendones,
Tomar por talismán de hermoso brillo
Las plumas tricolores del caudillo,
Que imitan a la nube que guiaba
Al pueblo de Israel, que Dios amaba.

Dos veces intrépido el soldado,
De arenas en el lecho ha reposado,
Cuando la sed, que es monstruo del abismo,
Asalta todo el campo a un tiempo mismo.
Cunde en las venas el volcán ardiente,
Que tregua ni reposo no consiente
Y las vísceras íntimas devora
Con la fiebre sutil y abrasadora.
La lengua al paladar se queda unida
Sin el humor que es bálsamo de vida
Y la boca sedienta está de agua,
Respirando el aliento de una fragua.
¡ Exquisita tortura !¡ Afán interno,
Propio de las mazmorras del infierno !
Así, sobre un vergel que fue sombrío
Y han secado los rayos del estío,
Venimos a llorar y, al retirarnos,
En vez de leve flor con que adornarnos,
En vez de verde rama y dulce fruto,
Llegamos al hogar tristeza y luto.
¡ Veteranos de Lodi ! ¡ Osada gente !
Traidor el enemigo, no está al frente.
Espectro inmundo de invisibles alas
Os hiere sin las flechas y sin balas.
¿ Será tal vez que el mismo Dios desea
Acabar con la raza gigantea ?

Yertas las manos sin blandir espadas,
Tocan en las arenas caldeadas.
Caen lanzas y cascos altaneros,
Poones juntamente y caballeros
Desmayan a la par con dura suerte,
Anhelando los hielos de la muerte.
Los unos, a los pies de los camellos,
Angustiosos exhalan sus resuellos,
Y los otros con súbitos dolores
Sientendel duro incendio los ardores.
A la vez, con su instinto, el dromedario
Sabe hallar algún pozo solitario,
Vaso estrecho, infeliz y no muy lleno
De tibias linfas y asqueroso cieno.
Acuden de tropel los más ardidos
Y se lanzan calzados y vestidos
Y, sin notar obstáculos y estorbos,
Beben sucio raudal a largos sorbos;
Mas, ¡ah! ... sus desdichados compañeros,
Que lánguidos arrastran y postreros,
Como la taza mísera se agota,
No encuentran por consuelo ni una gota
Y, mordiendo aquel cieno humedecido
Que ha quedado en el pozo consumido,
Se engañan con crueles ilusiones
De refrescar sus áridos pulmones.
Otros, ciegos con furias muy extrañas,
Registran al camello las entrañas

Por hallar un humor sanguinolento
Que alivie de sus fauces el tormento.

Un grito se levanta de alegría ...
(¡ Cómo se engaña el triste en su agonía !)
Parece distinguirse en el Oriente
Un Oasis dichoso y floreciente
Con palmeras hermosas elevadas,
Dédalos de jazmín, frescas arcadas,
Fuentes, grutas y arroyos bullidores,
Sombras, aves y céfiros de amores.
Salud, risueño Edén, ¡ frondoso encierro,
Término del dolor y del destierro !
Esta noche las huestes numerosas
Reposarán en tálamos de rosas
Y olvidarán sus penas y fatigas
En tus mansiones fértiles y amigas.

¡ Vano esperar ! ... Han sido esos reflejos
Un prisma engañador puesto a lo lejos.
Y mientras avanzáis vuestra carrera,
Huyó ... todo es vapor, nube ligera;
Y a Dios frescas colinas con sus faldas
Y riberas de verdes esmeraldas,
Flores de olor y pájaros de canto,
Sueño del corazón, fugaz encanto.
Soñáis felicidad y estáis despiertos
Y os aguarda la noche en los desiertos.

¡ Noche ! ¡ Noche cruel ! Tu enorme velo
Cubre escenas de lágrimas y duelo,
Tus estrellas de ardiente pedrería
Son antorchas de tumba y agonía,
Y esos tus nubarrachos solitarios,
Horrorosas mortajas y sudarios.
! Ay del valiente que murió sin gloria,
Sin venganza, sin lauro de victoria,
Sin dar, o con el sable o con la lanza,
De su noble valor noble probanza !
El jefe de la armada, el hombre fuerte,
Recorriendo los lechos de la muerte,
A la luz de unas hachas llameantes,
Esforzando sus huestes vacilantes,
Siembra do quier sus mágicos acentos
Que, volando en las alas de los vientos,
Dejan sellos queridos y profundos
En los pechos de tristes moribundos:
" Soldados, ésta es lid de nueva gloria:
Esto sólo faltaba a vuestra historia;
Venzamos los horribles arenales
Y el término tendréis de vuestros males.
Es mía vuestra sed, vuestro tormento;
Yo os vengo a consolar y estoy sediento".
Estas voces sublimes y elocuentes
Avivan el vigor de los valientes

Que, esforzando los bríos de su pecho,
Levantan poco a poco de su lecho
Y espían con mirada indagadora
En Oriente los fuegos de la aurora.

Y la aurora nació, pero su cuna
No atavía una rosa por fortuna
Y nubes aplomadas del espacio
Sofocan su luz pura de topacio.
Huérfano el sol de su esplendor amado,
Es un disco de hierro caldeado.
Y de cercana crisis las señales,
Espantan a los míseros mortales.
¿ No veis del mediodía los caminos
Borrarse con airados torbellinos ? ...
¿ No veis temblar la espina en los nopales
Y hervir esos escuetos arenales ? ...
¡ El Simoun ! ¡ el Simoun ! Un grito
De espanto y de terror llena el distrito
Que ocupan los unidos batallones,
Y tiemblan las impávidas legiones.
Las envuelve en sus alas y en su aliento,
Como en espesa red, el letal viento
Y, con soplo cruel de activa llama,
Su destrucción con ímpetu derrama
Y abrasa cuanto toca y, mientras zumba,
Del soldado a sus pies labra su tumba.

Mas de Napoleón la estrella hermosa
Libertará la Francia venturosa,
Que así plugo a los hados y el destino
Lo ha grabado en el cielo diamantino.
Su armada numerosa y escogida,
Por la sed y huracanes combatida,
Sosteniendo el valor de que blasona,
Pudo salir de la abrasada zona.
A lo lejos ya muestra la llanura
Inmenso anfiteatro de verdura,
Con sus bosques de acacias y palmeras
Y de Siria las fértiles praderas
Y respira el soldado brisa pura
Del mar de Cesárea que murmura.

(Diario Mercantil,9-11.VIII.1842; 10,17 y 27.IX. 1842; 15.X.1842; y 2.XI.1842)

(1) Imitación de Barthelemí et Meri (sic. al pie de página del primer número del periódico en que empezó a publicarse).
(2) Este verso falta en el Diario Mercantil, pero figura en El Constitucional de Barcelona(21-23.VIII.1842) en el que también se publicó la primera parte de "Mourad Bey".
(3) Aquí, separándome de la parte histórica, doy libertad a la imaginación con un episodio análogo al asunto.(Nota del autor)
(4) En el texto figura librará; debe de ser un error por libará.
(5) Sigue la imitación de Barthelemí et Meri(sic.,nota del autor).
(6) Episodio imaginario (nota del autor).

EN LOS DIAS DE NUESTRA ADORADA REINA DOÑA ISABEL II

Bendita siempre, y como el sol amada,
Bendita siempre cual su luz dorada,
¡ Oh Reina, seáis vos !
Y sobre vuestro cándido semblante
Y sobre vuestro solio de diamante
La bendición de Dios.

La hermosura de Esther en vuestro seno,
Y en vuestro mirar plácido y sereno
Las gracias de Raquel,
Y en vuestra boca que el coral desdora,
El sonreír de matinal aurora
Teñida de clavel.

Sobre la fresca flor de vuestros días
Las alas de aquel ángel de Tobías
Tan puro en su perfil,
Escarchas de aljófar las sandalias,
Y perfumado de ámbares y algalias
Y todo de marfil.

A vuestros pies los lilios por alfombra,
Y escudo eterno sobre vuestra sombra
La sombra de Jehová,
Que cuando crió el sol en el espacio,
Para vos le dio un rayo de topacio,
Y él brilla, y os lo da.

Sobre vuestra beldad y sien bendita
La corona de aquella Sulamita,
Que Salomón amó,
Y al pie de vuestro solio los leones
Que guardaban los altos escalones
Del trono que ocupó.

Del altar de perfumes delicado
La nube deliciosa a vuestro lado,
Aromado sin fin,
Y el maná del desierto en vuestra boca,
Y el agua que ha saltado de una roca,
Vagando entre jazmín.

En vuestros bellos mares cien navíos
Hinchando lonas con los aires fríos
Y rompiendo el cristal,
Hundidos algún tanto entre las olas
Por traer a las playas españolas
Riquezas sin igual.

Un ángel para el sueño muy hermoso
Que presida en las horas de reposo,
Y lánguida quietud,
Y que, cuando la noche comparezca,
Os arrulle también y os adormezca
Pulsando su laúd.

Otro que al dispertar las albas bellas,
En su túnica os muestre las estrellas,
Que os ha robado el sol,
Y reciba las súplicas de amores
Y convierta las súplicas en flores,
La noche en arrobol.

Y otro que sobre el suelo os ame tanto
Que recoja la fimbria de vuestro manto,
Por dejar libre al pie,
Que os guíe por la senda más segura,
Nutra vuestro esperar de su ventura,
Y el corazón de fe.

Bendita siempre y como el sol amada,
Bendita siempre cual su luz dorada,
¡ Oh Reina, seáis vos,
Y sobre vuestro rostro de alegría
Y sobre vuestro claro y puro día
La bendición de Dios !.

(Diario Mercantil, 19.XI.1842, Pág.3)

AL PINTOR DON BERNARDO LOPEZ

Como aquel serafín resplandeciente
Que vagaba en la luz, hijo del cielo,
Hacia el cénit arrebató su vuelo,
Y en rebelión alzó su altiva frente,

El enojo del Padre omnipotente
Que conoció su ingratitud y anhelo,
Convirtió su soberbia en grave duelo,
Y derribó su silla transparente;

Deshizo sus radiantes esplendores
Y ennegreció su faz cual noche oscura,
Y al quitar de sus alas los colores,

Viendo tanta riqueza y hermosura,
Por un arcano de bondad secreta,
Los reservó, Bernardo, a tu paleta.

(Diario Mercantil, 29.XII.1842, pág.3)

LA REVISTA NOCTURNA DE NAPOLEON

Media noche era por filo,
Cuando el sueño mata enojos
Y a los más remisos ojos
Cierra el párpado intranquilo;

Cuando inmenso panteón
Es el mundo y sus desiertos;
Pues, iguales a los muertos,
Callan los que vivos son,

Y una tumba abrirse vi,
Y un espectro que salía
Un ronco tambor tenía,
Tocando con frenesí.

Redoblando con furor
Con sus brazos descarnados,
Turbaba de los finados
La quietud y hondo sopor.

Retumba la caja fiera
Por los valles y llanuras:
Ya se escucha en las alturas,
Ya baja por la ladera,

Ya se apaga, ya se esconde
Por hondísimo lugar,
Pero al fin viene a sonar
Sin saber cómo, ni en dónde.

A los ecos prolongados
Con que la tierra retumba,
Van saliendo de su tumba
Mil guerreros, mil soldados

Veteranos escogidos,
Celebrados en la historia,
Que murieron por la gloria
Y en el polvo están dormidos.

Que al estrépito marcial
Se avezaron de tal suerte,
Que despiertan de la muerte

Si el tambor hace señal.

Alzanse por todo el suelo
A formar vasta cohorte
Aquellos que allá en el Norte
Tienen por mortajas hielo;

Aquellos que su reposo
De Italia en el seno, hallaron
Y entre flores se acostaron
Bajo un cielo más hermoso;

Aquellos que fallecieron
En los llanos de Esdrelón,
Y en las arenas de Ammón
Polvo por sudario hubieron,

Y aquellos que en los afanes
Del contagio, furia impía,
Mordieron la losa fría
Del templo de los imanes.

Todos toman su fusil,
Todos calan su morrión,
Y es una improvisación
De falanges mil y mil.

Brillan las águilas de oro
Al fulgor de casta luna,
Que, en su plateada cuna,
Muestra cándido tesoro,

Y parece anhelan ellas
Tomar atrevido vuelo
Para remontarse al cielo
Y anidar en las estrellas,

Un corneta se levanta,
Cabalga y, con su instrumento,
De los ámbitos del viento
Turbando la paz, espanta.

A sus penetrantes sones
Van llegando caballeros,
Ciñen todos sus aceros
Formando sus escuadrones.

Vense cascos y armaduras

Y lanzas ensangrentadas
Y, en las piedras descarnadas,
Chispean las herraduras.

Ya de su estado mayor
Va llegando acompañado
El adalid esforzado,
El noble conquistador:

Aquel hombre cuyas leyes
Los mortales acataban,
Y cuyo nombre escuchaban
Con pavor los mismos reyes;

Gran coloso de metal
Fundido para soldado,
Con el pecho murallado
De diamante y pedernal:

Aquel que, después que holló
Las fuerzas de las naciones,
Vio humillado sus pendones
En medio de Waterloo,

Cuando el águila sin Dios,
Con un súbito desmayo,
Su vuelo perdió y su rayo,
Confiando en ellos dos,

Porque el cielo poderoso,
Que galardona y condena,
Un grano lanzó de arena
Con que derribó el coloso.

El es ... y jamás se abate ...
Ved el rostro pensativo
Que tenía cuando vivo,
La víspera del combate:

Ved esa frente sombría
Que abarcaba el universo,
Y en el lance más adverso
Despejada se veía;

Que, cuando queráis probar
Al león, rey de las fieras,
Vengan tigres y panteras
Y allí le veréis lidiar.

¡ Ah ! si los que luz gozamos
En el valle de dolor
Algo vemos de valor,
Será fuerza que digamos

Que el gran muerto es quien lo inspira,
Porque ¿ quién leyó su historia,
Sin ver que la humana gloria
Es el humo de su pira ? ...

No es un traje engalanado,
Que la sencillez le agrada
Y la vencedora espada
Pende del izquierdo lado;

Pequeño sombrero lleva,
Y gobierna un bruto hermoso
Que su cuello generoso
Con noble fiereza eleva.

Ya se mece al aura ufana
Entre insignias mil guerreras
La reina de las banderas,
La de Arcoli soberana.

Y forman sus batallones
Aquellos soldados fieros
Que en los trances más severos
Anhelaban más blasones;

Idólatras de la gloria
Que al asalto caminaban
Y en las brechas entonaban
Los himnos de la victoria.

Ved la falange sagrada
Que no se quiso rendir
Y que prefirió morir
Al furor de grande armada.

Su valor no tiene linde:
Parece que está diciendo:
La guardia vive venciendo;
Muere, pero no se rinde.

Y es fama que el enemigo,
Cuando vio guerreros tales
Entre las ansias mortales
Sobre el polvo y sin abrigo,

No cansado de admirarse,
Envidiábales su prez
Y que por primera vez
Los miró sin espantarse.

¿ Quién será el noble adalid
De un talante tan guerrero
Que parece un dios de Homero,
Y el Aquiles de la lid ?

Buen temple tuvo su espada:
Es Kleber, y por señal
Ved el talle colosal
Del gigante de la armada.

Las torres de Alejandría
Con mil frisos cinceladas
Y de esfinges coronadas
Os dirán su bizarría.

Allí, un árabe cetrino,
Lleno de hiel y de afán,
Que por amor al corán
Se armó como un asesino,

En su pecho abrió una llaga,
Y, en foso ensangrentado,
Cayó el general osado,
Herido de aguda daga.

Traidor como las serpientes,
Creyó el árabe sicario
Ganar como temerario
El edén de los creyentes.

Mas ¿ quién es ese adalid
Cuyo continente asombra ?
¿ Será la temible sombra
De Alejandro. o la del Cid ?

Es Junot, aquel soldado
Que en el sitio de Tolon
Mostró de su corazón
Lo noble y aventajado,

Porque su valor señala
Secando lo que escribió
Con el polvo que le dio
La furia de gruesa bala;

Aquel que con noble brío
De las filas avanzaba
Y que sólo batallaba
En eterno desafío.

Ese que de sus vestidos
El fausto alejó y la pompa
Y dejó al son de la trompa
El polvo de los dormidos

Es Desair, buen confidente
De gran fe a quien servía,
Que en la lucha mantenía
Serena su heroica frente.

Leed en su rostro austero
La antigua virtud romana,
Que solícita se afana
En acompañar su acero,

Y ved en un cristal terso
Una imagen de Catón,
De impávido corazón
Auque se hunda el universo.

Saludad a ese valiente
Que sobre un trotón brioso
Hiende el aire presuroso
Con gallardo continente

Y, a la par de su coraje,
Que es digno de admiración,
Admiran la profusión
Y riqueza de su traje.

Ama el lujo militar
Tanto como las batallas
Y tanto como las vallas
Que su bruto ha de saltar

Y, como los paladines
Que son de encumbrada ley,
En las fiestas de su Rey
Se muestran en los festines,

El se muestra con sus galas
Allí donde le convida
La lid que anda más reñida,
Donde más silban las balas.
.....

(Diario Mercantil, 15.VIII.1843; págs.1-3

Está inconcluso porque faltan los números siguientes de ese mes en la colección consultada del periódico. La continuación, si la hubo, debió de publicarse entre los días 16 y 17.

LA MADRE Y EL NIÑO O LOS JUEGOS DE LA INFANCIA

I

La Cuna

Duerme, serafín caído
Del trono de los querubes,
Que a mi seno te has venido
Como perla de las nubes
Que las noches han llovido.

Duerme, que tus sueños son
Tan puros como la luna,
Porque un ángel de Sión
Los guarda para tu cuna,
Dorados por la ilusión.

Sueños son de hermosas galas
Sin espectros ni dolores,
Y deslizan de las alas
Del ángel de los amores
Sobre ti, porque no llores.

¿ Qué sueños has de tener
Que te puedan dar pesar;
Tú que ves al sol nacer,
Sin llegar a conocer
Que de noche ha de faltar ?

¿ Tú que ves la casta flor
De beldad hacer alarde,
Y no sabes que en su albor
Ha de ser mustio dolor
De las brisas de la tarde ?

¿ Tú que el párpado has abierto
De la vida en los canceles,
Y todo lo ves cubierto
De rosas y de claveles,
Sin saber que hay un desierto ?

Desierto de negro lodo
Con espinas tan punzantes
Y crueles de tal modo,
Que en sangre se mancha todo
Del pie de los caminantes.

¿ Qué sueños has de tener,
Armiño de mi ternura,
Si al mundo viniste ayer
Y hoy te halagan con ventura
Los besos de una mujer ?

Tus sueños serán de estrellas
Marchando a un cénit azul,
Reflejadas todas ellas
En un lago de aguas bellas
Con los bordes de abedul.

Tendrás un soñar de rosas
Que no sufren huracanes,
Un soñar de mariposas,
Cuyas alas temblorosas
Brillan en los tulipanes.

Te pondrás a contemplar
Fuente que su son repite,
Mientras su raudal admite
Concha de vidrio de mar
Con sus vetas de hematite;

Ingeniosos surtidores
Con sus iris relumbrantes,
Que al sol muestran sus colores,
Salpicando frescas flores
Con su lluvia de diamantes;

Las hojas que riza el viento,
Las auras que mueven canto,
Sombra y luz que dan contento,
De la tierra el verde manto
Y el azul del firmamento.

¡ Ah ! goza de tus visiones;
Serafín que al mundo vienes,
Goza castas fruiciones
En las cólicas regiones,
Que no sabes lo que tienes.

No sabes que sueños tales
Son los sueños del Edén,
Que pasan por los rosales ,
Y que acechan tanto bien
Emponzoñadores males;

Que tras ese Edén divino
Hay un páramo de espinas:

Con funesto torbellino
Ciega el polvo del camino,
Descalzo también caminas

Y sin sombra, sin frescura,
Sin abrigo ni pared,
Ni una gota de agua pura,
Como toda criatura,
Vendrás a morir de sed.

No salgas de ese jardín
De respiras tanta esencia;
Esas flores de jazmín
Son flores de tu inocencia:
Tu inocencia tendrá fin.

Y a Dios selvas y cantores
Que habláis amoroso idioma,
Palacios y ruiseñores;
Cascadas y surtidores,
Sombra y luz, matiz y aroma.

No te quiero revelar
Los males y agudos daños
Que tu frente han de turbar,
No te quiero dispertar:
Te dispertarán los años

Y, cuando te sientas fuerte
Con la juventud que asombra
Y halagado de la suerte,
Verás una negra sombra ...
¡ Hijo mío ! ... Esa es la muerte.

Turbada tu fantasía
Con tan azarosa idea,
¿ Cómo quieres que no sea
Luto toda tu alegría,
Risa que la muerte afea ?

Fantasma de frío hielo
Tu existencia ha de acosar;
Mientras vagas sin consuelo,
Vuélvete, ¿ qué has de mirar ?
La tumba que te abre el suelo.

De quiera, la senectud
Abrumada de aflicción,
Y de quiera, una inscripción,
Una cruz, un ataúd

Que te hiele el corazón.

Do quiera, la enfermedad
Con su rostro macilento;
Do quiera, la enemistad,
Que afila con impiedad
Su puñal todo sangriento;

La pobreza sin vestido;
La mentira con descaro,
El dolor no socorrido,
El honor puesto en olvido,
La virtud sin un amparo;

La codicia con el oro
Nunca en aumentar contenta,
La verdad puesta en afrenta
Y, regada con el lloro,
El pan que nos alimenta.

¿ Qué ha de ser, paloma mía,
De tu vuelo delicado ?
¿ Qué ha de ser de tu alegría
Al cortar el aura fría
Sobre el suelo del pecado ?

¿ Qué ha de ser de tu existencia
Sobre un valle tan profundo,
Tímida y sin experiencia,
Cuando salgas a este mundo
Del arca de tu inocencia ?

Un bálsamo a tus pesares
Que te endulce la aflicción
Y te alivie el corazón,
Hallarás en los altares
De tu amada religión.

Vuela, y su recinto santo
Busca como tu guarida,
Que hay allí consuelo al llanto,
Tiende la virtud su manto
Y al sueño de paz convida.

Vuela cuando arrecie el Noto,
Cuando empujen aquilones
Las nubes de las pasiones,
Que son naves sin piloto
Que gobierne sus timones.

Atapa el oído tierno
Al canto de seducción,
Que darás en un infierno
Buscando la distracción
De tu padecer interno.

Cuando agudo sinsabor
Ese corazón taladre,
No te fíes del amor,
Busca el seno de tu madre,
Que no engaña ni es traidor.

Duerme tus horas,
Goza tu calma,
Porción querida
De mis entrañas;
Pájaro bello
De lindas alas,
Tú que en mi boca
Bebes el agua,
Tú que me besas,
Tú que me abrazas
Y en mi regazo
Pones el alma;
Alción pequeño,
Mientras descansas,
Guardo yo el nido
De las borrascas;
Guardo tu cuna,
Digo a las auras
Que den su aliento
Leves y mansas,
Que no susurren
Querellas altas,
Para que duermas
Mientras que callan.
Pongo en tu lecho
Bendita rama,
Para que ahuyente
Torpes fantasmas,
Cuyas mentiras
Niños espantan,
Y al cielo envío
Dulce mirada,
Ruegos fervientes
Y una plegaria,
Para que el padre
Que a todos ama
Dé sus tesoros,
Vierta sus gracias
Sobre las horas
En que descansas.

II

Un nombre

Las rosas dispertaron
Y beben el rocío,
Las aves ya cantaron
Y al día saludaron;
Despierta, amado mío.

Tu párpado de nieve
Se abrió por mi ventura
Y tu mirada leve,
Que al corazón conmueve,
Me lanzas con ternura.

Ahora ya no sueñas,
¡ Oh delicado armiño !
Tus manos son pequeñas,
Mo buscan y me enseñas
Que esperas mi cariño.

Ven, pues, a mis abrazos:
Yo dilaté un momento
Ceñirte con mis brazos,
Que avivan el contento,
Vencidos embarazos.

Goza de tus amores,
Luce tus embelesos
Y yo, porque no llores,
Te ofrezco los mejores
Y más sabrosos besos.

Mientras con tus caricias
Mis glorias aseguras
Y mientras te procuras
Más plácidas delicias ...
¿ Qué es lo que así murmuras ?

Tu labio de repente
Se esfuerza en dar sonidos ...
¿ Qué dices, inocente ? ...
Tu idioma balbuciente
No entienden mis oídos.

Mas, ¡ ah ! ... Por mi consuelo,
Por fin te has declarado ...
Bendiga Dios tu anhelo,

Que un nombre has pronunciado
Que vivirá en el cielo.

Un nombre más sabroso
Que el néctar y ambrosía,
Más grato al alma mía
Que el ángel del reposo
Que tus ensueños guía.

Nombre que tiene encantos
Más que el pensil olores,
Aroma de los santos
Y tema de sus cantos
Y voz de ruiseñores.

! Ah ! Si al amante oído
Nombre buscáis que cuadre
Por fácil y querido,
¿ Dó encontraréis sonido
Más dulce que el de <u>madre</u> ?

Nombre que pronunciamos
Cuando a la luz vènimos,
En tanto que moramos
Y el aura respiramos,
Y cuando nos partimos.

Que es talismán y palma,
Que sin cesar se invoca,
Y que el dolor nos calma,
Y escrito está en el alma,
Saliendo por la boca.

Pronúncialo, hijo mío,
Pronúncialo mil veces,
Mientras en tus niñeces
Avanzas con más brío
Y entre mis brazos creces.

Dilo con gran respeto
Cuando yo esté contigo,
Así como un secreto
Que en razonar discreto
Se fía de un amigo.

Así como un gemido
De virgen solitaria,
Que,al mundo corrompido
Dejando en el olvido,
Exhala su plegaria.

Así como un murmullo
Del céfiro que pasa,
Como sentido arrullo
De insecto de oro y gasa
En torno de un capullo.

Como una dicha amada
Soñada en el reposo,
Que al despertar traslada
Al pecho del esposo
La joven desposada.

Pronúncialo, mi amado,
Que el cielo te bendice:
Un título me has dado
Que Dios te lo ha inspirado
Y un ángel te lo dice.

III

Consejos

¡ Dichosa tu mano pura
Que el oro no ha conocido,
Tu rostro que no ha fingido,
Tu lengua que no murmura,
Tu labio que no ha mentido !

Tu sombra creció en el suelo,
Tu cabello es un tesoro,
Que ostentas cual rubio velo
Formado de anillos de oro,
Y tus ojos son de cielo.

Tu frente al cénit levantas
Contemplando maravillas,
Con los pájaros te encantas
Y, entre las flores sencillas,
Corres con ligeras plantas.

¿ No ves esa mariposa
Que al aire luce sus galas ? ...
¡ Qué ligera ! ¡ qué graciosa !
¿ Quién dirá la pompa hermosa
De sus rutilantes alas ?

Parece una flor que vuela,
Y es hermana de las flores,
Pues con ellas se consuela

Y rivalizar anhela
En prodigios y en colores.

Viene a deslumbrar la vista
Con sus joyas rutilantes,
Nuestra admiración conquista
Con topacio y amatista,
Con zafiros y diamantes.

Tú dieras por alcanzarla
Tu juguete más querido,
Quisieras aprisionarla
Y no sabes que al tocarla
Vieras su esplendor perdido.

Su volar te desespera
Y tras ella vas en vano,
Que hace como que te espera,
Pero al fin se va ligera
Cuando ve tu avara mano.

Ya en su revolante giro
Se pierde para tus ojos;
Lánguido y triste te miro,
Dando indicios tu suspiro
De tus súbitos enojos.

Por fin vuelve a aparecer
Y se sienta en una rosa;
En tu mano codiciosa
La lograste ya tener
Y se escapa desdeñosa.

¿ Qué queda en tu triste mano ?
Ella vuela en el espacio,
Ajaste como inhumano
Sus alitas de topacio
Y te queda un polvo vano.

Esa imagen, en verdad,
Es la imagen del placer:
Se busca con ansiedad,
Se alcanza con padecer
Y nos deja vanidad.

¿ No ves esas frescas flores
Que entre las espesas ramas
Te prodigan sus olores,
Brindándote sus amores
Sin saber si tú las amas ?

De virtud imagen son:
La virtud siempre hace bien,
Inclinándose al perdón,
Aunque el mundo su desdén
Le guarde por galardón.

Al céfiro enamoraba
Ese lirio delicado,
Toda abeja que le amaba,
Al pasar, le susurraba
Las trovas de su cuidado.

Y una oruga se arrastró
Bajo el tallo floreciente,
Por el tallo se subió
Y en el seno le clavó
La ponzoña de su diente.

Así el vicio va minando
Tu verdor, ¡ oh juventud !
Y, en tu corazón entrando,
Sin cesar te va empujando
Al hueco del ataúd.

Al lado de los jazmines
Pobres yerbas han nacido;
Déjalas en los jardines,
Pues el lado que han tenido
Les da olor de serafines.

Mucho se debe esperar
De la buena compañía;
La luna que ves brillar,
Del sol bello ha de tomar
La luz con que se atavía.

¡ Rosa bella y rozagante !
Apenas te ve la aurora,
Todo céfiro es tu amante
Y te jura que te adora
Y te ofrece fe constante.

Mas desierta con el día
La tropa de los ingratos,
Y envuelta en la niebla fría,
Sola en tu melancolía
Culpas sus aleves tratos.

No te fíes, hijo mío,
De necios aduladores;

Busca rígidos censores
Que precavan tu extravío,
Para que nunca lo llores.

.....

(Diario Mercantil, 21-23.X.43.)

(En la última página del periódico se indica que continuará, pero por falta de los números siguientes en la colección consultada, está incompleta)

DIARIO MERCANTIL DE VALENCIA.

EN LOS DIAS
DE SU MAGESTAD LA REINA
DOÑA ISABEL II.

SOLEMNE REDUCTA.

Bramó la tempestad: viento nocivo
Sopló la destruccion y la venganza,
Y al perder de la luz el lampo vivo,
Languideció en el alma la esperanza
Helándose en su flor:
Mas de Jehová la plácida mirada,
Que fecunda el Edén, y ángeles cria,
La que sacó los mundos de la nada,
Hizo salir el sol, y volvió al dia
Su claro resplandor.

Ese sol eres tú, REINA inocente,
Que subes á tu sólio diamantino,
Velada de candor la hermosa frente,
Cual génio que presides al destino,
Tras densa oscuridad:
Que como ese Titan que al cénit sube
Despues que enjugó el llanto de la aurora,
Y deshizo el vapor de negra nube,
Al horizonte Ibero que te adora
Vuelves la claridad.

Eres ángel y flor: ¿cuánta ventura
De una flor y de un ángel adorado,
Qué de delicias plácidas no augura
El Bardo que en sus trovas te ha cantado
Pulsando su laud?
Flor, meciendo un penacho de colores
Has de aromar nuestro sereno ambiente;
Angel, has de alcanzar dulces favores
De la mano del Padre Omnipotente
Que premia la virtud.

¡Ah! gózate en tu dia delicioso,
Gózate en nuestro amor que es tu tesoro,
Y no turben tu calma y tu reposo
Ni la propia inquietud, ni ageno lloro,
Ni sombra de pesar:
Puro incienso será nuestra alabanza,
Himnos te rendirán bellos cantores,
Y todos consagrado á tu esperanza
Llevaremos sin fin, ángel de amores,
En el pecho un altar.

Sí: que eres ISABEL: tienes el nombre
De aquella Reina fuerte y adorada,
Que arrebató la admiracion del hombre,
Que alzó sobre las torres de Granada
De Castilla el pendon;
Que enarboló la cruz en sus almenas
Desterrando á las sirtes africanas
Las obstinadas lunas agarenas,
Y que midió con luces soberanas
La mente de Colon.

Vuelve al *sólio su timbre* y *su grandeza*,
Y que vuelva la patria de Pelayo
A su antiguo vigor y fortaleza
De tu primer albor al primer rayo,
¡O cándida ISABEL!
Duerma en calma feliz la madre tierra,
Y nosotros gozando de sus bienes,
Ricos de paz, temidos en la guerra,
Sabremos coronar tus puras sienes
Con mirto y con laurel.=JUAN AROLAS.

AÑO DECIMO.

Núm. 321.=Domingo 19 de Noviembre de 1843.

EN LOS DIAS DE SU MAJESTAD

LA REINA DOÑA ISABEL II

Solemque reducit

Bramó la tempestad: viento nocivo
Sopló la destrucción y la venganza,
Y, al perder de la luz el lampo vivo,
Languideció en el alma la esperanza
Helándose en su flor:
Mas de Jehová la plácida mirada,
Que fecunda el Edén, y ángeles cría,
La que sacó los mundos de la nada,
Hizo salir el sol, y volvió al día
Su claro resplandor.

Ese sol eres tú, REINA inocente,
Que subes a tu solio diamantino,
Velada de candor la hermosa frente,
Cual genio que presides al destino
Tras densa oscuridad:
Que como ese Titán que al cénit sube
Después que enjugó el llanto de la aurora,
Y deshizo el vapor de negra nube,
Al horizonte Ibero que te adora
Vuelves la claridad.

Eres ángel y flor: ¿ cuánta ventura
De una flor y de un ángel adorado,
Qué de delicias plácidas no augura
El Bardo que en sus trovas te ha cantado
Pulsando su laúd ?
Flor, meciendo un penacho de colores,
Has de aromar nuestro sereno ambiente;
Angel, has de alcanzar dulces favores
De la mano del Padre Omnipotente
Que premia la virtud.

¡ Ah ! gózate en tu día delicioso,
Gózate en nuestro amor que es tu tesoro,
Y no turben tu calma y tu reposo
Ni la propia inquietud, ni ajeno lloro,
Ni sombra de pesar:
Puro incienso será nuestra alabanza,
Himnos te rendirán bellos cantores;
Y todos, consagrado a tu esperanza,
Llevaremos sin fin, ángel de amores,
En el pecho un altar.

Sí, que eres ISABEL : tienes el nombre
De aquella reina fuerte y adorada,
Que arrebató la admiración del hombre,
Que alzó sobre las torres de Granada
De Castilla el pendón;
Que enarboló la cruz en sus almenas
Desterrando a las sirtes africanas
Las obstinadas lunas agarenas,
Y que midió con luces soberanas
La mente de Colón.

Vuelve al solio su timbre y su grandeza,
Y que vuelva la patria de Pelayo
A su antiguo vigor y fortaleza
De tu primer albor al primer rayo,
¡ Oh cándida ISABEL !
Duerma en calma feliz la madre tierra,
Y nosostros gozando de sus bienes,
Ricos de paz, temidos en la guerra,
Sabremos coronar tus puras sienes
Con mirto y con laurel.

(Diario Mercantil, 19.XI.1843, pág.1)

DIARIO MERCANTIL.

VALENCIA

EN LA

PROCLAMACION Y JURA

DE DOÑA ISABEL II

COMO REINA CONSTITUCIONAL DE ESPAÑA.

Truena el cañon en la risueña orilla
En donde el claro Túria se adormece
Con besos puros de la flor sencilla
Que sobre su cristal su pompa mece:
Nuestro cañon los ecos de Castilla
En el suelo Edetano robustece,
Y del Cid los antiguos torreones
Por ISABEL levantan sus pendones.

El corazon se estasía dulcemente,
Y se abre para siempre á la esperanza,
Cuyo rayo de luz dora la mente
Con mágico poder que ella no alcanza;
Débil el lábio á bendecir se siente,
Mientras el alma á disfrutar se avanza:
Bendigamos sin fin ¡ó Patria mia!
Que es bello el sol, y suspirado el dia.

¡Valencia! Yo bien sé que otras ciudades
A los pies de ISABEL, como blasones,
Debidos á su amor y á sus bondades,
Pondrán fuertes castillos y leones:
Mas sé tambien que Dios hará que agrades,
Pues á mas de las barras que tú pones,
Eres Eden, y en rosas darás bienes,
Y las rosas se deben á las sienes.

Y si ninfas de rios fortunados,
Célebres porque al mar besan el seno,
Deslizando entre lirios aromados,
Bajo de un cielo límpido y sereno;
Si ninfas de semblantes agraciados,
Saludan á ISABEL con fausto ameno,
(Perdonen otros rios: no es injuria),
¿Dó ninfas hay cual las que tiene el Túria?

Ellas ¡ó REINA mia idolatrada!
Te dan el parabien, pulsan su lira,
Y cantan en su trova concertada
El amor que tu encanto les inspira:
Recuerdan que mas niña y delicada
Pisaste su vergel que aun te suspira,
Y para contemplar tanta belleza
Sacaron de las ondas la cabeza.

Yo las ví, trovador sin mas fortuna,
Que el don del sentimiento que me anima,
Yo las ví al resplandor de tibia luna,
En una bella noche de este clima,
Tus gracias ponderar, una por una,
Y el celestial candor que te sublima:
Yo que escuché tan agradable coro,
Sus ecos te rendí con cuerdas de oro.

Hoy riges de la España los destinos,
Y todo el suelo Ibero te proclama,
La discordia feroz de ojos dañinos
Que vierten destruccion, y brotan llama,
Mordiendo sus cabellos serpentinos,
En su inútil furor vencida brama,
Y de pies y de manos prisionera,
Baja al Orco infeliz de do naciera.

Si el guerrero de lauros coronado
Subió al poder del solio esclarecido
Sobre el escudo hueco del soldado,
Que admiró su valor nunca vencido,
Tal egemplo los siglos han borrado,
Y en nuestra edad (el cielo lo ha querido)
Angel del dulce amor, alzarte pudo
Nuestra fé y corazon que son tu escudo.

JUAN AROLAS.

VIERNES 1.° DE DICIEMBRE 1843.

VALENCIA EN LA PROCLAMACIÓN Y JURA DE DOÑA ISABEL II COMO REINA CONSTITUCIONAL DE ESPAÑA

Truena el cañón en la risueña orilla
En donde el claro Turia se adormece
Con besos puros de la flor sencilla
Que sobre su cristal su pompa mece:
Nuestro cañón los ecos de Castilla
En el suelo Edetano robustece,
Y del Cid los antiguos torreones
Por ISABEL levantan sus pendones.

El corazón se extasía dulcemente,
Y se abre para siempre a la esperanza,
Cuyo rayo de luz dora la mente
Con mágico poder que ella no alcanza;
Débil el labio a bendecir se siente,
Mientras el alma a disfrutar se avanza:
Bendigamos sin fin, ¡ Oh Patria mía !,
Que es bello el sol y suspirado el día.

¡ Valencia ! Yo bien sé que otras ciudades
a los pies de ISABEL, como blasones,
Debidos a su amor y a sus bondades,
Pondrán fuertes castillos y leones:
Mas sé también que Dios hará que agrades,
Pues a más de las barras que tú pones,
Eres Edén, y en rosas darás bienes,
Y las rosas se deben a las sienes.

Y si ninfas de ríos fortunados,
célebres porque al mar besan el seno,
Deslizando entre lirios aromados,
Bajo un cielo límpido y sereno;
Si ninfas de semblantes agraciados,
Saludan a ISABEL con fausto ameno,
(Perdonen otros ríos: no es injuria),
¿ Do ninfas hay cual las que tiene el Turia ?

Ellas, ¡ Oh REINA mía idolatrada !,
Te dan el parabién, pulsan su lira,
Y cantan en su trova concertada
El amor que tu canto les inspira:
Recuerda que más niña y delicada
Pisaste su vergel que aún te suspira,
Y para contemplar tanta belleza
Sacaron de las ondas la cabeza.

Yo las vi, trovador sin más fortuna,
Que el don del sentimiento que me anima,
Yo las vi al resplandor de tibia luna,
En una bella noche de este clima,
Tus gracias ponderar, una por una
Y el celestial candor que te sublima:
Yo, que escuché tan agradable coro,
Sus ecos te rendí con cuerdas de oro.

Hoy riges de la España los destinos,
Y todo el suelo Ibero te proclama;
La discordia feroz de ojos dañinos,
Que vierten destrucción, y brotan llama,
Mordiendo sus cabellos serpentinos,
En su inútil furor vencida brama,
Y de pies y de manos prisionera,
Baja al Orco infeliz de do naciera.

Si el guerrero de lauros coronado
Subió al poder del solio esclarecido
Sobre el escudo hueco del soldado;
Que admiró su valor nunca vencido,
Tal ejemplo los siglos han borrado
Y en nuestra edad (el cielo lo ha querido),
Angel de dulce amor, alzarte pudo
Nuestra fe y corazón, que son tu escudo.

(Diario Mercantil, 1.XII.1843, pág.1)

A LA LLEGADA DE S.M. DOÑA MARIA CRISTINA

LA CIUDAD DE VALENCIA

¿ Por qué soñáis del hado la existencia ? ...
Abandonad en el dolor la duda:
Bella es siempre la luz: hay Providencia,
Vela en su santo fin, y no se muda;
Su arcano respetad:
No ha mucho que este suelo contemplaba
El llanto de una reina encantadora:
Hoy seca el sol lo que el dolor mojaba,
Glorias son hoy lo que de ayer se llora:
Bendecid y alabad.

Vuelves, CRISTINA, al Turia, feliz río,
Más amada después de tanta pena:
Dios que puso las gotas del rocío
Dentro del corazón de la azucena
Del alba al resplandor,
Una lágrima puso en tus mejillas
Para que al mundo tu virtud brillase,
Para que el mundo, hincando sus rodillas,
Enjugarla en tu rostro codiciase
Con ósculo de amor.

¿ Qué te dirá mi labio en tal momento,
Iris de nuestra paz, cándida luna ?
Yo no tengo más don que el sentimiento,
Ni ambicioné jamás mayor fortuna
Que el canto y el laúd.
Te vi partir, y el polvo de tu rueda
Los ojos me cegó, perdí el camino,
Y hoy me vuelves la luz y el aura leda,
Y aquel trovar que tengo por destino
En plácida quietud.

Llega del Cid invicto a las almenas,
Que codician tal bien y tanta gloria;
Se disiparon ya las tristes penas,
Y sólo el entusiasmo y la victoria
Ocupan su confín:
Tu presencia que encomian los cantores,
Mirada celestial y de consuelo,
Faltaba entre las bellas y las flores,
De que se precian tanto (es don del cielo)
Edeta y su jardín.

Sea que en luz propicia y esplendente,
Saludando las torres de Castilla,
Abraces a ISABEL, Reina inocente,
Astro feliz que en nuestra Iberia brilla
En su primer albor:
Allí la dicha espera tu llegada,
Allí tiende sus alas tu ventura,
Y allí verás tu lágrima vengada
Con la secreta y mística dulzura
Que sabe el Criador.

Bendita seas tú, como la estrella
Que le sirve de faro al navegante,
Como el beso de paz que madre bella
Imprime sobre el seno del infante
En su risueña edad:
Bendita como incienso, cuya nube
inundando del templo los confines,
Al alto trono del Eterno sube
De claveles y rosas y jazmines.
Fragante suavidad.

(Diario Mercantil, 13.III.1844,pág,1)

DIARIO MERCANTIL DE VALENCIA.

NUM. 76.—SABADO 16 DE MARZO DE 1844.

PLEGARIA.

Llegada sois á nuestro Edén, Señora:
Mi voz que gimió un tiempo solitaria,
Al sumo ser que el universo adora
Por vos rinde su mística plegaria,
Que un ángel inspiró:
Sed feliz como el sol del firmamento,
Cuando en la creacion, su primer rayo,
Deslizando en el líquido elemento,
Del onda azul, mecida con desmayo,
Los senos plateó.

Delante vuestros ojos flote un mundo
Mágico y brillador que os dé consuelo;
Aquí placer sublime y sin segundo,
Con la esperanza plácida en el cielo,
Y allí el eterno bien:
Aspirad de la brisa la frescura,
Y la luna se os muestre en los espacios
Como flor de la noche honesta y pura,
Desmayada entre estrellas de topacios,
Que la siguen tambien.

De Némi el lago cuando el manso viento
Desliza entre sus bordes sin violencia,
A vuestra alma bañada de contento
No iguale en nitidéz y trasparencia,
Ni el alba en claridad:
No muera la sonrisa en vuestro lábio
Con sombra de tristeza impertinente,
No deje ningun pliegue infiel agravio
Sobre las azucenas de esa frente,
Modelo de bondad.

Todo tenga su encanto y armonía
Para soláz de la pasada pena;
Encanto ese zafir que llamas cria,
Y la espuma argentada entre la arena,
Los mares y el vergel,
Los montes cuyas cimas escarpadas
En el fondo del cielo están temblando,
Y sus moles que son mas azuladas,
Si la vista de lejos va gozando
Su perspectiva fiel.

Hermosos vuestros dias amanezcan
Entre puro celage de oro y grana,
Hermosos vuestros sueños anochezcan,
Y os retraten la gloria soberana
Del Santo de Sion:
Sus ángeles vestidos de sus galas,
Por cumplir la ordenanza de su dueño,
Oscilando simétricas sus alas,
Formen á la quietud de vuestro sueño
Un régio pabellon.

Sed dichosa cual flor que vuestra mano
Ofrece del Eterno en los altares,
En misterioso símbolo y arcano
De ese pecho sin hiel en los pesares,
Y puro y sin desliz:
Con el recuerdo del amor sublime
Que llena nuestro pecho de ternura,
Y que de antiguo afan hoy os redime,
Aumentad mas y mas vuestra ventura,
Sed siempre mas feliz.

JUAN AROLAS.

P L E G A R I A

(A S.M. la Reina Mª Cristina)

Llegada sois a nuestro Edén, Señora:
Mi voz, que gimió un tiempo solitaria,
Al sumo ser que el universo adora
Por vos rinde su mística plegaria,
Que un ángel inspiró:
Sed feliz como el sol del firmamento,
Cuando en la creación, su primer rayo,
Deslizando en el líquido elemento
Del onda azul, mecida con desmayo,
Los senos plateó.

Delante vuestros ojos flote un mundo
Mágico y brillador que os dé consuelo;
Aquí placer sublime y sin segundo,
Con la esperanza plácida en el cielo,
Y allí el eterno bien:
Aspirad de la brisa la frescura,
Y la luna se os muestre en los espacios
Como flor de la noche honesta y pura,
Desmayada entre estrellas de topacios,
Que la siguen también.

De Nemi el lago, cuando el manso viento
Desliza entre sus bordes sin violencia,
A vuestra alma bañada de contento
No iguale en nitidez y trasparencia,
Ni el alba en claridad:
No muera de sonrisa en vuestro labio
Con sombra de tristeza impertinente,
No deje ningún pliegue infiel agravio
Sobre las azucenas de esa frente,
Modelo de bondad.

Todo tenga su encanto y armonía
Para solaz de la pasada pena;
Encanto ese zafir que llamas cría,
Y la espuma argentada entre la arena,
Los mares y el vergel,
Los montes cuyas cimas escarpadas
En el fondo del cielo están temblando,
Y sus moles que son más azuladas,
Si la vista de lejos va gozando
Su perspectiva fiel.

Hermosos vuestros días amanezcan
Entre puro celaje de oro y grana;
Hermosos vuestros sueños anochezcan
Y os retraten la gloria soberana
Del Santo de Sión:
Sus ángeles vestidos de sus galas,
Por cumplir la ordenanza de su dueño,
Oscilando simétricas sus alas,
Formen a la quietud de vuestro sueño
Un regio pabellón.

Sed dichosa cual flor que vuestra mano
Ofrece del Eterno en los altares,
En misterioso símbolo y arcano
De ese pecho sin hiel en los pesares,
Y puro y sin desliz:
Con el recuerdo del amor sublime
Que llena nuestro pecho de ternura,
Y que antiguo afán hoy os redime,
Aumentad más y más vuestra ventura,
Sed siempre más feliz.

(Diario Mercantil, 16.III.1844, pág.1)

A LA JOVEN ESPAÑOLA DOÑA AMALIA MUÑOZ.(1)

O D A

Emanación del cielo en su alegría,
Tiene el canto su prez y su alabanza;
Del Eterno a la voz que es armonía
Nace la luz dorando la esperanza,
Brota el campo sus flores olorosas,
Mecen los blandos céfiros las rosas,
Ondula el mar con compasado aliento
Y viste las arenas de su espuma
Y, a los astros del alto firmamento,
El águila fugaz muestra su pluma.
¡ Armonía feliz ! Tu origen fuera
Cuando el primer mortal dejó su sueño
Para ver a su hermosa compañera,
Precioso y rico don del sumo dueño,
Y murmuró en su oído
Sentimientos de amor con un gemido.

Cuando atando la nota fugitiva
En mágica cadena
Que de eslabones de oro se deriva,
Sueltas tu voz, armónica sirena,
Del alma el movimiento
Apresuras o embargas con tu acento.
Tus acordes deslizan dulcemente
Como brillantes ondas de una fuente
Que la flor de sus márgenes retrata,
Sin agotar sus láminas de plata.
Cuando gime el amor en tu cadencia,
Cuando el afán tus tonos languidece,
Cautivo el corazón con impaciencia
Te sigue embelesado y te obedece,
Como el polvo obedece en la llanura
Los caprichos del viento que murmura.

¿ Quién como tú de Safo expresaría
La inspiración y el genio soberano ?
¿ Quién su infeliz amor retrataría
Y el rigor de los cielos inhumano ? ...
Revestida de túnica ligera
Que ha robado a la nieve su blancura,
Suelta en ondas la vaga cabellera
Do puso Dios riquezas de hermosura,
Y ciñendo también gentil corona
Que el marfil de tus sienes eslabona,
Nos presentas la imagen, cual conviene,

De la musa infeliz de Mitèlene:
Cantas tu despedida
Y el alma se conduele adolorida,
Pende de los suspiros de tu boca
Y te sigue de Leucade a la roca.
Fijos tus ojos (cuyo hermoso brillo
Robaste de algún ángel de Murillo)
En el piélago undoso,
Que retrata en sus olas sin reposo
La lucha de tu pecho,
Eliges las espumas para lecho,
Como si un frío tálamo encontrases
Do el volcán de tus venas apagases.
Virgen de amor, espera,
Detén tu salto, Sílfida ligera,
Que siguiendo tu férvido entusiasmo,
Del mundo y de la edad en nuevo pasmo,
Se lanzará contigo y con tu lira
El hombre que te admira,
Aunque en su amor no sea desgraciado,
Porque a tu voz tal privilegio es dado.

Ave docta en trinar, sigue tu empeño.
Ebria de los conciertos celestiales,
En la tranquila noche a los mortales
Has de encantar el delicioso sueño.
Preludias como el cisne en la espesura,
Templas al corazón triste amargura,
Concedes la esperanza que consuela,
Abres con la ilusión dorado clima
Y a tu vista, a tu voz, el pesar vuela,
Embotados los dientes de su lima.

Será que un día entre famosos nombres
Suene también tu deseada gloria
Y el culto de los hombres
Levante noble altar a tu memoria.
Cisnes produce España en sus confines
Como el suelo de Ausonia, y son sus ríos
Como el Tíber y el Arno, y sus jardines
Más pomposos en galas y atavíos.
Y de Milán la clamorosa Scala
Rinde un laurel a nuestra frente altiva,
Cuando de adoración tributo exhala
En honra y prez de la Espagnola Diva.(2)
Yo entonces cantaré tus alabanzas,
Porque, al oír tu melodioso canto,
Puso en mi corazón las esperanzas
De que a la perfección marcha tu encanto.

(Diario Mercantil, 30.IV.1844;págs.1-2)
(1) Tiple que gozó de cierta popularidad entre los aficionados valencianos a la ópera.
(2) La Montenegro (Nota del autor)

LAS MANOS FRIAS

Balada

De Veissemburg el hórrido castillo
Maldito está del cielo vengador,
Un espectro que es blanco y amarillo
Se columpia de noche en su rastrillo,
Cubierto con ropaje de vapor.

De su foso en las íntimas honduras
Salen muertos que bailan sobre un pie,
Remedan de los vivos las locuras
Y se esconden en tristes sepulturas
A dormir en quietud, si el sol los ve.

No pises, caminante solitario,
Sus sendas espinosas y sin luz;
No seas imprudente y temerario,
Y de lejos empuña tu rosario,
Armate con el signo de la cruz.

En esas torres huecas y sombrías
Con sus pajes oculta su pesar
La infiel Edit, la de las manos frías,
Agitada de furias tan impías,
Que su historia es muy triste de contar.

Era en la perfección de su hermosura
Igual al más ardiente serafín,
Cual tasa de esmeraldas siempre pura,
Que sobre pedestales se asegura
De dalias y camelias y jazmín.

A Ulrico, alto Barón, fue prometida,
El cielo es un testigo de su amor,
Himeneo su antorcha apetecida
Debía preparar, cuando mecida
La rama del almendro diese flor.

Ya la fama un torneo vaticina:
Tiene lugar, y lucen rico tren
Paladines de fuerza diamantina,
Y una corona de oro se destina
Del vencedor a la gloriosa sien.

Ulrico enamorado se presenta
Cubierto de metal sobre el bridón,
Y cual volcán hinchado que revienta,
Sus enemigos postra y desalienta,
Sonríe Edit y ensancha el corazón.

Con entusiasmo ardiente y vocinglero
Iba la honrosa lid a tener fin,
Cuando desconocido caballero,
Lanza pidió donde probar su acero
Contra el afortunado paladín.

Toda incrustada de oro su armadura
Reflejaba del sol rayo vivaz:
Ulrico a combatirlo se apresura,
Mas cede en fin y cae: ¡ oh desventura !
Y se enluta de Edit la hermosa faz.

De su faz, que cual astro desmayado
Derrama melancólico fulgor,
Se muestra dulcemente enamorado
Y pide ser por ella coronado
El incógnito y fuerte vencedor.

Rehúsa Edit turbada en tal instante,
Mas viene la mezquina vanidad,
Y ocupa el corazón de la inconstante,
Y concede la gracia en buen talante,
Sofocado el amor y la piedad.

Su mano pide luego el venturoso,
Pero Ulrico lo reta a nueva lid:
¡ Desgraciado doncel ! Lucha animoso,
Por decreto del hado riguroso
Muere como magnánimo adalid.

Aunque lloró la muerte de su amado
La doncella infeliz en tanto azar,
La lisonja del nuevo apasionado
Borró de su memoria este cuidado,
Y se unieron los dos en el altar.

La orquesta resonó, brilló la danza,
Y, apagadas las luces del salón,
Al tálamo nupcial, en cuya holganza
Colocan los esposos su esperanza,
Caminan con alegre corazón.

Halagaba la noche sus cuidados,
La soledad cubría su querer,

Y venían deseos irritados
Que apuraban en besos prolongados
Los cálices sabrosos del placer.

Mas ¡ ah ! ... ¿ Quién los persigue y amenaza ?
Se presenta un espectro aterrador,
Que, llevando de hierro la coraza,
Y en ademán de que al esposo abraza,
Le ahoga contra el pecho en su furor.

"Acuérdate de Ulrico, le decía,
"Que la tumba es tu tálamo nupcial".
Y luego a Edit, que atónita gemía,
Asiendo de las manos, la mordía,
Llamándola perjura y desleal.

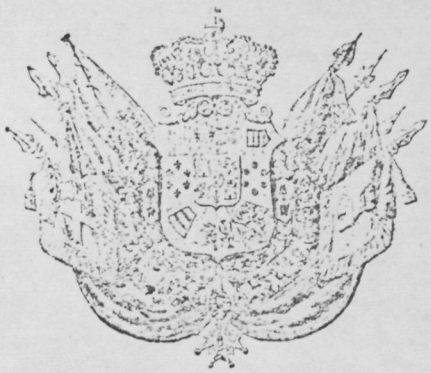
Pero el gallo cantó: tal vez no daba
Más tiempo a la venganza el Sumo Ser,
Y el espectro horroroso se alejaba,
Mientras en su dolor sumida estaba
Tan infeliz y escuálida mujer.

Desde entonces se agita y se sofoca
Y aborrece la hermosa claridad.
Frías sus manos son cual fría roca:
Cuantos amantes tiene, cuantos toca,
Mueren con esa infausta frialdad.

(Diario Mercantil, 19.V.1844, págs.1 y 2)

DIARIO MERCANTIL DE VALENCIA.

NUM. 144.—JUEVES 23 DE MAYO DE 1844.



AL FELIZ ARRIBO
DE
S. M. LA REINA D.ª ISABEL II,
Y SUS AUGUSTAS MADRE Y HERMANA.

A tí, que recibiste de los hados
Una mirada llena de ternura,
Y una sonrisa virginal y pura
Que bullendo en tus lábios aromados,
Parte su roja cinta de clavel:
A tí, gloria y amor, dicha y consuelo,
Angel de perfil largo y alas bellas,
Que dejaste los ámbitos del cielo,
Dó tuviste tu cuna en las estrellas,
Y en el mundo te llamas ISABEL.
¡Ah! ven á respirar gustos y amores
De Edetania en los dédalos rosados,
Dó exhalan mas olor las gayas flores
Que en la Persia altanera destilados,
Los perfumes y esencias de Atar-Gul:
Aqui sueños de gloria y de fortuna
Rodarán por tu sien que nieves cria,
Si al rayo nacarado de la luna,
Del ruiseñor la mágica armonía
Adormeciere tu pupila azul.
Ven, leve como el céfiro, paloma,
Ven con todo el encanto y embeleso,
Que imprimiera en tu faz maternal beso,
Sacado del tesoro del aroma,
Que se quema en las aras de Sion:
Te escondiste en el seno de CRISTINA
Cual ave que lució pomposas galas,
Y al final de la tarde el cuello inclina,
Y lo esconde debajo de las alas,
Por acercarlo mas al corazon.
Brillais las dos con luces inmortales:
Asi cuando el Occéano dormido,
Lamiendo con espumas los corales,
Calma el rencor y enfrena su bramido,
Forma el disco del sol en su cristal;
Y aparecen dos soles llameantes,
Dos astros que se salen al encuentro,
Dos nobles adalides y gigantes,
Que anhelan ambos ocupar un centro,
Por lucir su armadura colosal.
Guirnaldas recibid que el Túria cria:
Oiga el esfuerzo que la España alienta
Hasta el lejano Antipoda que cuenta
Las horas de su noche en nuestro dia,
Y pregone la fama nuestro amor;
Y el Sumo Ser con bonancibles leyes
Conceda de la paz el puro rayo
A la patria del Cid y de Pelayo,
Ya que le da sus ángeles por Reyes
Que empuñan cetro de vistosa flor.
Gozad en nuestros bosques y enramadas,
Dó el silfo matinal cruza el espacio,
Cantando sus amores á las Hadas,
Y escoge un fresco lirio por palacio
En que bebe los cálices de miel:
Do es mas fresca y mas pura la mañana,
Y mas radiante el sol del mediodia,
Y el crepúsculo languido desvia
Entre ricos celages de oro y grana,
Que forman un magnífico dosel.
Y al alejaros ¡ay! si el hado fuera
Mas propicio á mi súplica ferviente,
Detendrian las horas su carrera,
Y el tiempo deslizára lentamente,
Y fuera mas feliz nuestra emocion.)
Al dejar de Edetania el verde asiento,
Llevad en vuestra sien pintadas flores,
Que os rindan sus balsámicos olores,
Y os repitan, faltando nuestro acento,
Nuestra fiel gratitud y bendicion.

JUAN AROLAS.

AL FELIZ ARRIBO DE S.M. LA REINA DOÑA ISABEL II

Y SUS AUGUSTAS MADRE Y HERMANA

A ti, que recibiste de los hados
Una mirada llena de ternura,
Y una sonrisa virginal y pura
Que bullendo en tus labios aromados,
Parte su roja cinta de clavel:
A ti, gloria y amor, dicha y consuelo,
Angel de perfil largo y alas bellas,
Que dejaste los ámbitos del cielo,
Do tuviste tu cuna en las estrellas,
Y en el mundo te llamas ISABEL.

¡ Ah ! ven a respirar gustos y amores
De Edetania en los dédalos rosados,
Do exhalan más olor las gayas flores
Que en la Persia altanera destilados
Los perfumes y esencias de Atar-Gul:
Aquí sueños de gloria y de fortuna
Rodarán por tu sien que nieves cría,
Si al rayo nacarado de la luna,
Del ruiseñor la mágica armonía
Adormeciere tu pupila azul.

Ven, leve como el céfiro, paloma,
Ven con todo el encanto y embeleso,
Que imprimiera en tu faz maternal beso,
Sacando del tesoro del aroma,
Que se quema en las aras de Sión:
Te escondiste en el seno de CRISTINA
Cual ave que lució pomposas galas
Y al final de la tarde el cuello inclina
Y lo esconde debajo de las alas,
Por acercarlo más al corazón.

Brilláis las dos con luces inmortales:
Así cuando el Océano dormido,
Lamiendo con espumas los corales,
Calma el rencor y enfrena su bramido,
Forma el disco del sol en su cristal;
Y aparecen dos soles llameantes,
Dos astros que se salen al encuentro,
Dos nobles adalides y gigantes,
Que anhelan ambos ocupar un centro,
Por lucir su armadura colosal.

Guirnaldas recibid, que el Turia cría:
Oiga el esfuerzo que la España alienta
Hasta el lejano antípoda que cuenta
Las horas de su noche en nuestro día,
Y pregone la fama nuestro amor;
Y el Sumo Ser con bonancibles leyes
Conceda de la paz el puro rayo
A la Patria del Cid y de Pelayo,
Ya que le da sus ángeles por Reyes
Que empuñan cetro de vistosa flor.

Gozad de nuestros bosques y enramadas,
Do el silfo matinal cruza el espacio,
Cantando sus amores a las Hadas,
Y escoge un fresco lirio por palacio
En que bebe los cálices de miel:
Do es más fresca y más pura la mañana
Y más radiante el sol del mediodía,
Y el crepúsculo lánguido desvía
Entre ricos celajes de oro y grana,
Que forman un magnífico dosel.

Y al alejaros (¡ay! si el hado fuera
Más propicio a mi súplica ferviente,
Detendrían las horas su carrera,
Y el tiempo deslizara lentamente,
Y fuera más feliz nuestra emoción);
Al dejar de Edetania el verde asiento,
Llevad en vuestra sien pintadas flores,
Que os rindan sus balsámicos olores
Y os repitan, faltando nuestro acento,
Nuestra fiel gratitud y bendición.

(Diario Mercantil, 23.V.1844, pág1)

A S. M. LA REINA

Dejad que el Turia en su cristal la mire
Retratando la fimbria de su manto,
Y el aura que respire
Sea un soplo de amor del cielo santo.

La vi, y arrebatado el pensamiento
La retrató en el alma complacida;
Fué desde aquel momento
Más claro el sol y plácida la vida.

Todo acreció mis dichas deseadas;
Más copia lució el cielo en sus estrellas:
Con vuestros sueños de hadas,
Noches de mi país, fuisteis más bellas.

Fué el canto de las olas más sonoro
Más aregentadas fueron las espumas
En las arenas de oro,
Más vistosas las aves en sus plumas,

Más blando de las hojas el murmullo,
Más dulce de la cándida paloma
El amoroso arrullo,
Gratas sombras y luz, y flor, y aroma.

Dejad que en su pupila transparente
Se reflejo el verdor de nuestro suelo,
Que es fresco nuestro ambiente
Y no hallará más azulado cielo.

¡ Qué pura candidez sus labios mueve !
¡ Qué tranquila y sin hiel es su existencia!
Su párpado de nieve
Abreso con mirada de inocencia.

No selló duro afán pliegues nocivos
En su frente que Dios ha coronado,
Do sueños fugitivos
No tropiezan con sombras de cuidado:

Y en su boca flotante la sonrisa

Es como el iris mágico que ostenta
De paz fausta divisa,
Que al corazón con la esperanza alienta.

Las quejas y el pesar no han enlutado
Ese limpio semblante de querube,
Y su luz no ha tocado
El seno espantador de negra nube.

Confiada a la mística plegaria
Absorbe su existencia en sus amores,
Y el ara solitaria
Con la mano infantil cubre de flores;

Y mirando a su madre que se llega
Para estrechar su amor con un abrazo,
Por ella también ruega,
Y se duerme feliz en su regazo.

Dejad que en su pupila transparente
Se refleje el verdor de nuestro suelo,
Que es fresco nuestro ambiente,
Y no hallará más azulado cielo.

¡ Adorada ISABEL ! quisiera el hado
Detenerte del Cid en las almenas,
Oyendo con agrado
En tu loor las gayas cantilenas.

Nuestros montes azules a lo lejos,
Como ansiosos del sol y de su lumbre,
Que da vivos reflejos,
Alzan en valladar hermosa cumbre.

La perfumada brisa hincha las lonas
Que suelta el pescador en nuestros mares,
Las apartadas zonas
Envidian estos fértiles lugares;

Y si te place recordar mil glorias,
Que guardan nuestro muro y nuestro foso,
Tenemos las historias
Del de Vivar y Jaime victorioso.

El hijo de Ismael, el circunciso,
Tomaba nuestros bosques y llanuras
Por aquel paraíso
Que prometió el profeta de dulzuras:

Y ebrio con opio que Tebaida cría,
Sediento de los lúbricos placeres,
Soñaba en la Zaydía,
En medio del harén de sus mujeres.

En su mezquita el lindo con decoro
Sombreaban las altas datileras,
Y con racimos de oro
Formaban un dosel a sus rameras.

Mas de Jaime la espada rutilante
De las lunas de Agar postró la enseña
Y confundió el turbante,
Y el árabe infeliz el Turia sueña.

¡ Ah ! Gózate, ISABEL, que el Turia miras,
Y él retrate la fimbria de tu manto,
Y el aura que respiras
Sea un soplo de amor del cielo santo.

(Diario Mercantil, 25.V.1844,pág.1)

EL ESPEJO DE CORNELIO AGRIPA. (TRIMEGISTER)

Ipse philosophus, daemon, heros, Deus, et omnia.

El siglo diez y seis altivos nombres
Fijó en la historia de famosos hombres,
Pontífices, monarcas, adalides,
Ceñidos de laureles en las lides,
Filósofos y sabios y oradores,
Cual titanes de claros resplandores,
Que en el cielo sus frentes escondían
Y tronar en sus ámbitos querían.
Un fraile en el dintel del altar santo,
Siempre sagaz, de peligroso encanto,
A la nave de Pedro haciendo guerra,
Ponía en combustión toda la tierra;
Y un genovés con inaudito pasmo,
Grande como Isabel en entusiasmo,
Con rumbo audaz a impracticadas zonas,
Libraba al mar las ahuecadas lonas,
Para que vuestro cetro, Iberos bravos,
Los dos mundos tocase con dos cabos.

De la gloria del siglo participa,
Descollando entre mil, Cornelio Agripa,
Militar de esforzado y noble pecho;
Claro y sutil doctor en el derecho,
Teólogo en concilios consultado
Y por sabios pastores admirado
Cual órgano de mística asamblea,
Correcto profesor de lengua hebrea,
Médico, mago, astrólogo, en tal modo
Que escribía volúmenes de todo
Y de la vanidad de toda ciencia:
(Este fue el mejor fruto de experiencia).

Joven aún, gozando de una fama
Que en su saber en todo el mundo aclama,
Cansado de sus largas aventuras,
Producto de geniales travesuras,
Se retiró a Lion, donde lucía
Como nuevo Galeno en maestría;
Pero como profeta el más seguro
Que exploraba en los astros el futuro,
Consultado por príncipes y reyes,
Les daba sus horóscopos por leyes.

En su laboratorio retirado
Y a las secretas artes entregado,

Después que en un antiguo pergamino
Consultó los arcanos del destino,
Dejó caer su lánguida cabeza
Y exclamó con un aire de tristeza:
"¿ Para qué con vigilias y lecturas
Sondear los abismos te procuras,
Y al porvenir con arrogante anhelo
Quieres correr el misterioso velo ? ...
"Apenas las verdades vislumbramos
Cuando los ojos a la luz cerramos,
Y del nacer mezquino y tan escaso
Al dejar de existir sólo hay un paso.
"¡ Si al menos yo pudiese en mis secretos,
Por no dejar trabajos incompletos,
Detener la guadaña de la muerte !
"¿ Quién fue jamás tan hábil y tan fuerte ?"

Mientras así su razonar concierta,
Un ruído sonó, se abrió la puerta,
Y un hombre que se entraba de repente
Profunda sensación causó en su mente.
Mostraba en su talante el forastero
Aire de peregrino y viajero;
Una mezcla de fuerza y de fatiga,
De verdor y vejez extraña liga:
Largo y fuerte el cabello, aunque canoso,
Le daba un viso noble y majestuoso,
Y su pálida frente y faz ilesa
De la arruga que el tiempo deja impresa
Brillaban con un fuego nada escaso,
Llama no de cénit y no de ocaso.
Una expresión muy singular tenía
De experiencia y sagaz sabiduría,
Fundada en los quebrantos y los males,
Crisol donde se prueban los mortales.
En un bastón sus pasos apoyaba
Y, en su cintura, de un cordón colgaba
Rico saco de seda, do esculpidos
Caracteres hebreos van unidos.

"Perdonad (dijo al sabio) la visita:
Un extranjero soy que solicita
Los prodigios probar de ese talento
Que pregona la fama con su acento".

Cornelio a su saber y a su importancia
Reunía el orgullo y la jactancia,
Pero del visitante en la presencia,
A pesar de su genio y su impaciencia,
Fingió humildad, fingió cortesanía,
Y del siguiente modo respondía:

—"Mi mérito sin duda se exagera
Y debéis rebajarlo de su esfera.

¿ De qué puede servir la breve suma
De cálculos que salen de mi pluma ?
¿ Qué son cuatro secretos que he debido
Al estudio tenaz y repetido
En la continuación de largos años,
Entre la vaciedad de mil engaños ?".

-" ¿ Qué habláis (le replicaba el extranjero)
De largos años ? ... Miro y considero
Que ocho lustros contáis escasamente ...
Dejemos este punto impertinente.
Me han dicho que sois dueño venturoso
De un espejo de magia portentoso,
De tanta perfección todas sus partes,
Que retratáis en él con doctas artes
La imagen de personas ausentadas
O que en la tumba yacen sepultadas.
¡ Si quisiérais mostrarme en ese espejo
Las suspiradas luces y el reflejo
De un astro que perdí ...! ¡ De una hija bella
Cuya memoria de eclipsada estrella
Es el único dictamo y consuelo
Que tiene un padre triste en este suelo ! ...
Tan agradable vista me sería
Más dulce que las mieles y ambrosía,
Más qué todo placer y toda suerte,
Si exceptuáis el sueño de la muerte.

Agripa no enseñaba su tesoro
A instancias del poder ni a fuerza de oro,
Mas, sin reflexionar en tal momento,
No pasó por su altivo pensamiento
La idea de negarse a la demanda,
Escuchando una súplica tan blanda.
Se puso un manto con prolijo esmero
Y se caló piramidal sombrero
Como el de aquellos magos sabidores
Que Faraón honraba con favores.
Colocó sobre el pecho un lienzo leve,
Que cinco pliegues en su blanca nieve
Con prolija labor manifestaba
Y los cinco sentidos figuraba;
Se ciñó un cinturón de piel de muerto
Encontrado insepulto en un desierto,
Y aquel cinto una espada mantenía
Que sin vaina a la luz resplandecía.
Cerró todo balcón, toda ventana
Para excluir la luz de la mañana,
Y blandiendo una vara con su mano,
Pronunció frases de indecible arcano:
Dijo una encantación que en el oído
Resonaba con eco parecido
Al de una melopea, que nacía
De misteriosa y triste poesía.
Bañó el laboratorio de repente
Luz sobrenatural, luz esplendente,

Que deja en intervalos su reflejo
Sobre el limpio cristal de un gran espejo,
Donde se deja ver que baja y sube,
Pasa y vuelve a pasar flotante nube.

Cornelio preguntó al desconocido:
-" ¿ Qué nombre tuvo el bien que habéis perdido ?"
-"Myriam (le respondió), tal fue su nombre,
Dulce para las lágrimas del hombre."
-" ¿ Guardaba doncellez o vivió esposa ?"
-" Era virgen más pura que una rosa."
-" ¿ Y cuántos años ha que ella no alienta ?"
-" ¡ Cuántos años! ¡ Oh triste ! ¿ quién los cuenta ?
-" Es una condición precisa en resultados,
Porque a cada diez años bien contados
Debo agitar mi poderosa vara,
Para que podáis ver vuestra hija cara."
-" Pues agitadla bien y la fatiga
No llegue a entorpecer la mano amiga".

El mago vislumbró en el consultante
Un sello de infortunio penetrante
Y un peso de congojas tan funestas,
Que excusaba sus áridas respuestas.
Su vara fuertemente conmovía
Una vez, dos y más en su porfía,
Y más y más, sin descansar momento,
Y cuando suspendía el movimiento
Por preguntar al otro si bastaba,
" Agitad, agitad", le contestaba.

-" Infeliz (dijo Agripa), ¿ habréis osado
Burlaros de mi estudio dilatado ?
¿ Ha existido jamás esa hermosura ?
¿ Ha existido esa Myriam por ventura ?
Cubre el cristal la nube vaporosa,
Pasa, vuelve a pasar y no reposa".

" Agitad ", le dijo el forastero
Con un tono de voz algo severo.

De las dudas de Agripa y su impaciencia
Triunfar por fin debía la evidencia:
Cuando creyó en su cálculo formado
Que había quince siglos numerado
Según el movimiento repetido
De su brazo ya lánguido y rendido,
El vapor se separa lentamente
Y el espejo en su lámina luciente
Dibuja deliciosa perspectiva
Con una animación propia y muy viva:
En el fondo colinas floreciantes
Alzaban con sus cedros altas fuentes;

La cristalina linfa serpeaba
Y flores exquisitas argentaba,
Deslizando en la plácida llanura
A desleír su nieve siempre pura
En los brazos de un río sosegado
De las ovas silvestres coronado:
Pacían los camellos las riberas,
Y bajo unas frondosas datileras,
Una doncella de ojos celestiales,
Vestida de las pompas orientales,
Con la sombra su cuerpo defendía
Del abrasado ardor del mediodía.

-"¡Myriam! ¡ Myriam ! (gritaba el extranjero,
Extendiendo al retrato verdadero
Las manos cariñosas) ¡ Myriam mía !
Te vuelvo a ver en fortunado día !
Aquí estoy, que tu vista deseaba".
(Y al mágico cristal se adelantaba).
-" ¡ Deteneos, por Dios ! (le gritó Agripa)
Que mis encantos vuestro afán disipa ".
Y, en efecto, la nube se formaba
Y con su red tanta ilusión borraba.

El afligido padre en tal momento
Perdió toda su dicha y su contento,
Como aquél que soñando cosas bellas,
Regiones de zafir, coros de estrellas
Y grutas en las selvas retiradas,
Do nacen Silfos y aparecen hadas,
Despierta del delirio que ha pasado
Y sombras de la noche ve a su lado.
Cuando volvió de su aflicción y pena,
Una bolsa sacó que de oro llena
Al mago la ofreció, mas éste dijo:
-" El dinero guardad; por premio elijo
Que me digáis quién sois, y de este modo
Satisfacéis la obligación del todo".

Dudó el desconocido, y su semblante
Nubló una sombra pálida y errante,
Cuando, al fijar la vista sobre un lado
De aquel laboratorio celebrado,
Una hermosa pintura vio de frente
Y preguntó a Cornelio lo siguiente:
-" ¿ Qué cuadro es ése que a mi afán se muestra ?"
Agripa respondióle: -"Obra maestra
de un antiguo pintor, y que figura
A Cristo con su cruz pesada y dura".
-" ¿ Y ese hombre que a Jesús se ve acercarlo ?"
Agripa vio entre el vivo y el pintado
Una perfecta unión y semejanza
Y, sorprendido, dijo sin tardanza:
-" Es el judío audaz, judío inmundo,
Que al Redentor del obstinado mundo

Dio un bofetón de abominable afrenta,
Increpando su marcha que era lenta;
Que sujeto se ve por su pecado
A vagar por la tierra desterrado,
Y que ha de terminar su triste vida
Del Sumo Juez en la postrer venida".
-" Pues yo soy (respondióle el extranjero),
Yo soy ese judío verdadero".

Dijo y desapareció en el mismo instante ...

.....

¿ Quién te habrá vuelto a ver, judío errante ?

(Diario Mercantil, 3.IX.1844; págs. 1-3)

EL FENIX

Ave singular y bella,
Nutrida, si al alba asoma,
Con rocíos de una estrella
Y con lágrimas de aroma,

Sin duda tú no exististe
Con tu nido de Pancaya
Y sólo una invención fuiste
De un cantor de ciencia gaya

Que te soñó en los espacios
Con colores tan distintos,
Con el pico de topacios
Y las alas de jacintos.

Dulcísima en el mirar
Y más leve que la espuma,
Con corona y con collar
Fabricados de tu pluma.

Te dio el sabio en su creencia
Acento sonoro y blando,
Cinco siglos señalando
Por límite a tu existencia;

Te dio un vuelo raudo y fuerte,
Como el águila atrevida,
Y el principio de tu vida
Lo constituyó en tu muerte,

Pues en una pira yaces
De electro que el sol inflama,
Te consumes a su llama,
Y de tus cenizas naces.

Dejemos, Fénix, quimeras
De tu gracia y tus aliños;
Que las canten las cuneras
Para adormecer sus niños;

Que las canten las hermosas
En los días no serenos,

Que suelen temblar medrosas
Por las lluvias y los truenos,

O de algún lugar sencillo
Las viejas, que con esmero
Van hilando en su tornillo
Por las noches del Enero.

La fábula con que agradas,
Tus encantos y portentos,
Los pondremos en los cuentos
Del Oriente y de sus Hadas,

Que tal vez darán placer
Al sultán Escariar
En boca de una mujer
Tan melosa en el hablar,

Como aquella Esquerezada
Que,al pie de su adusto dueño,
Solía endulzar su sueño
Con la historia comenzada.

Eres la gloria de eternal consuelo,
¡ Oh pájaro que naces de ti mismo !
Que vienes cada siglo sobre el suelo,
Radiante en majestad y en heroísmo.

Eres la gloria de eternal renombre,
Que descogos tus alas con presteza
Y posas a tu arbitrio sobre un hombre
Que esconderá en las nubes su cabeza:

Y no hay ser que conozca por fortuna
Tu curso entre las ráfagas del viento,
Ni los dulces misterios de tu cuna
Ni tu muerte mudada en nacimiento.

Los palacios tu pluma no apetece,
La púrpura magnífica desdeñas:
En la sombra el diamante languidece,
La perla está en el mar, y el oro, en peñas;

Y tú, de oscuridad y de despecho,
Arrebatas al genio soberano,
Cuando el polvo infeliz tiene por lecho,
Cuando por cabezal tiene su mano.

Entre sus sienes lánguidas deslizas
Y en ellas, como fruto de tus dones,
Los sueños de Jacob inmortalizas
Y de Moisés las célicas visiones.

Descendiste en Homero con tu palma;
Privado de aquel sol que no veía,
Ciego a la luz, le iluminaste el alma;
La sombra de su noche fue su día.

Rubio zagal entre las selvas viste
Llorar por su rebaño que perece
Y en Virgilio Marón lo convertiste
Y un laurel en su tumba reverdece.

Mi patria en sus auroras más brillantes,
Como por favor único del cielo,
Te vio halagar la frente de Cervantes
Y, al morir él, romperse su modelo.

Que aquél un Fénix fue de gloria extraña
Y, al emigrar de literaria liza,
Prez sin igual de nuestra hermosa España,
Nunca volvió a nacer de su ceniza.

Hoy halagas tal vez con faz divina
Del Sena el raudal bronco que destella
Y el Louvre colosal que lo domina
Y la curva del arco de la Estrella,

Porque posar sobre la sien te plugo,
En un siglo de luz y de grandeza,
De ese nuevo titán, que es Víctor Hugo,
Fuerte en el corazón y en la cabeza.

¿ Y qué ? Se hundirá el mundo en sus horrores,
Perecerán los montes de granito
Do duerme Faraón con sus mayores,
Y sus Magos y Númenes y rito;

Pero tú vivirás, hermosa gloria,
Sin entrar en el caos, ni el Averno,
Que el libro del destino, esa es tu historia,
Tu inspiración, el soplo del Eterno.

Y la humanidad se agita
Tras tus gracias adoradas
Y entre turbias oleadas
De ti en pos se precipita.

Mas; ¡ ah ! ¡ qué vana ilusión !
¡ Qué esperar fatal e incierto !
Tú eres como en el desierto
Oasis de refracción.

Vense lejanos vapores
Con valles y hermosas fuentes
Y con lagos transparentes
Que tienen por linde flores.

El céfiro los orea
Recorriendo sus confines
Y en las cunas de jazmines
Hay perfumes de Idumea

Y bullen limpias cascadas
Debajo las datileras
Y triscan ninfas ligeras
Debajo de las arcadas.

Crédulo el mortal avanza,
Crédulo el mortal se alegra
Con el sueño de esperanza,
Pero su esperanza es negra.

Aquel fortunado Edén
Es diáfana fantasma,
Sombra de engañoso bien
Que con su mentira pasma:

Cual Hada desconocida
Que disipa sus portentos
Con la vara sacudida
Al impulso de los vientos,

Los milagrosos jardines
Su hermosura no retratan
Y del suelo se desatan
Se deshacon sus confines,

Sus contornos ondulantes
Y pórticos de verdura
Y, variándose inconstantes
Con fantástica figura,

Mezclan sus tristes despojos
Con las sombras de la tarde,
Dejando al que dicha aguarde
Las lágrimas en los ojos.

Sin embargo, sigue el hombre,
Que nunca se desengaña,
Con la sed de darse un nombre,
Los delirios de su hazaña,

Y pálidos los donceles
Con el estudioso intento,
Piden hojas de laureles
Que les arrebata el viento.

¿ Qué harán, tristes y confusas,
Desterradas de su clima,
Si forzadas son las musas
A labrar sonora rima ?

El árbol en su terreno
Muestra pompa y lozanía
Y, arrancado de su seno
Y emigrado a región fría,

Sin aroma de sus flores,
Querellosas del ultraje,
Y lánguido su ramaje
Y su fruto sin sabores.

Nace el genio y es fecundo,
Vive eterna su memoria
Y es el Fénix de la gloria
Quien lo eleva sobre el mundo.

Yo fui también, entre el Castalio coro,
Educado por ninfas y pastores
En la risueña edad de los amores,
Junto al raudal más líquido y sonoro:

Sólo para endulzar mi acerbo lloro
Quise unirme a los mágicos cantores
Y mis sienes ceñir de gayas flores
Y a mi labio aplicar las flautas de oro:

Tuve por oropel pomposas galas,
Jamás entre mis sueños de ventura
Al Fénix de la gloria vi las alas,

Mas en mi corazón hay tal ternura,
Que, sólo por alivio y por consuelo,
Un Fénix del amor le pido al cielo.

(El Fénix, 6.X.1844; págs.1-2)

EL ASTROLOGO

Don Simón de Bobadilla
Es astrólogo seguro,
Que conoce a maravilla
Lo pasado y lo futuro:
Al cielo mira gran rato,
Y exclama con aire vivo:
" Mi cálculo es positivo,
O yo soy un mentecato
Sin ciencia y capacidad".
Don Simón dice verdad.

Pasmados de su talento
Le consultan a porfía ...
- " Don Simón: ¿ Me probaría
El yugo del casamiento ?"
Y responde con boato:
- " Yo en el Capricornio leo
Que os probará el himeneo,
O que soy un mentecato
Que peco por vanidad".
Don Simón dice verdad.

- " Don Simón, aquel prior,
Tan grueso como es notorio,
Se murió en el refertorio
De repente y sin doctor".
- " Bién podéis dar de barato,
Sin obstáculo ninguno,
Que se ha muerto del ayuno,
O yo soy un mentecato,
Sin ciencia y capacidad".
Don Simón dice verdad.

- " Don Simón: yo soy dichoso,
Yo me tengo mi dinero,
Yo solo un palacio entero,
Yo solo un jardín hermoso".
- " Una dicha me recato
Que solo no has de tener,
Y esa dicha es tu mujer,
O yo soy un mentecato
Sin ciencia y capacidad".
Don Simón dice verdad.

- " Don Simón: tan lastimera
Alza Inés triste gemido

Por la muerte del marido,
Que tememos que se muera".
- " No temáis: un amor grato
En sus ojos pondrá venda
Que del llanto los defienda,
O yo soy un mentecato
Sin ciencia y capacidad".
Don Simón dice verdad.

- " Don Simón: muy elocuente
Dijo un sabio de Inglaterra,
Que los cuerpos a la tierra
Se inclinan naturalmente".
- " Si con una hermosa trato,
Conozco más que Neuton
La fuerza de la atracción,
O yo soy un mentecato
Sin ciencia y capacidad."
Don Simón dice verddd.

- " Don Simón: Tras la gramática
La física seguir quiero,
Y en la máquina neumática
Mil arcanos considero".
- " Yo no tengo ese aparato,
Mas apuro una botella,
Y el vacío veo en ella,
O es que soy un mentecato
Que peco por vanidad".
Don Simón dice verdad.

- " Don Simón: es Lavater
Quien escribe, y quien abona,
Que un buen rostro en la persona
Buen carácter da a entender".
- " ¿ Quién juzga por un retrato ?
Yo tengo por desatino
Juzgar por el vaso el vino,
O es que soy un mentecato
Sin ciencia y capacidad".
Don Simón dice verdad.

- " Don Simón: hay quien forceja
Por casar con Sinforosa,
Que no es fea, es horrorosa;
¿ Qué es lo que ama en esa vieja ?"
- " Ama en ella (y no es mal gato)
La tos que su muerte indica,
Y la herencia que se aplica,
O yo soy un mentecato
Sin ciencia y capacidad".
Don Simón dice verdad.

- " Don Simón:¿Cuando Noé
Libre del arca salió,
Lo primero que bebió
El agua o el vino fue ?
- " Bebió vino: era beato:
La prueba el Diluvio fragua
De que el malo bebe agua,
O yo soy un montecato
Sin ciencia y capacidad".
Don Simón dice verdad.

- " Don Simón: ¿ Cuándo veremos,
Calmadas las disensiones,
La paz entre las naciones,
Y hermanos todos seremos ?".
- " Debo decir con recato,
Que esa paz un Fénix es,
Se habla de él, y no lo ves,
O yo soy un montecato
Que peco por vanidad."
Don Simón dice verdad.

(Diario Mercantil, 8.X.1844, págs.1 y 2)

CANTO DEL BARDO POLONES

"Dors, o ma Pologne! Dors en paix dans
ce qu'ils appelent ton cercueil, mais je sais
que c'est ton berceau.
(Lamenais) sic

Enfant du Ciel, bon Lamenais, je crois.

Cuando el duro puñal de los tiranos
La víctima inocente despedaza,
Hombres, oíd - ¿ por qué os llamàis hermanos?
¿ Es on befa y baldón de vuestra raza ?
¿ Y no ayudáis a quebrantar el yugo ?
¿ No detenéis el brazo del verdugo ?

Del Sena en la cautiva Babilonia
Sonó de libertad el grito fuerte,
Cuando el águila blanca de Polonia
Su pluma levantó del polvo inerte
Y, cruzando los euros placentera,
Su vigor muscular mostró en la esfera.

Mas, ¡ ah ! midió el cénit, esperanzando
Que ayudasen su esfuerzo y su constancia,
Atraídas tal vez de un soplo blando,
Las águilas amigas de[13] Francia.
Crédula fue: las águilas dormían
Su sueño de victoria y no venían.

El Vístula, tan raudo en su corriente
Que, al mirar de Varsovia las almenas,
En su hermoso cristal no sufre puente,
Tampoco consintió sufrir cadenas:
¡ Cielos ! con ignominia, el feroz ruso
Un dique de cadáveres le puso.

! Oh Polska ! ¡ Idolatrada patria mía !
¡ Oh reina sin el cetro y la corona !
Lánguida está tu sien; tu mano fría
Sin enjugar tu llanto se abandona:
Sola estás, a merced del peregrino,
Cual huérfana sentada en un camino.

Y pasa el viador y, cuando mira
Tu desnudez marchita y enlodada,
En el primer impulso se retira
Y luego, con el ánima angustiada,

Te pone en los harapos del vestido
Un pedazo de pan endurecido.

- " ¿ Es ésta (dice) la gentil señora
Del palacio real de Sigismundo;
Que campiñas y bosques atesora,
Ceñida de laurel, gloria del mundo ?
¡ Oh, cómo su color se ha deslustrado
Y en hierro vil el oro se ha mudado !

" ¿ En dónde están sus nobles senadores,
Sabios en el consejo y en las leyes,
Que la estimada prez de sus honores
Preferían al título de reyes ?
¿ En dónde están sus húsares ligeros,
Sus pistolas de arzón y sus aceros ?" -

¡ Oh Polska ! Con arrojo temerario
Te hirió el altivo Czar en la mejilla,
Te hirió en el corazón, que es el sagrario
De santa libertad que ya no brilla,
Saboreó en festines de placeres
El llanto de tus pálidas mujeres.

Tuviste tus gloriosas heroínas,
Cual la patria feliz de los Helenos,
Impávidas al luto, a las ruinas
Y del cañón a los gigantes truenos;
En beldad, serafines de altas zonas,
Y en valor, invencibles Amazonas.

Convirtieron sus husos en espada,
Exclamando al partir para la guerra:
" Lino dará la patria libertada
Si dejan los extraños nuestra tierra;
Pero si nos derrotan y caemos,
La mortaja nos basta y la tenemos ".

En paz, Emilia, dormirás tu sueño,
Sin oír el rumor de las cadenas,
Bajo tu pobre cruz de tosco leño;
Fuego de libertad ardió en tus venas,
Del inmundo cosaco la venganza
Nunca melló los filos de tu lanza.

! Lirio agostado en flor ! ... La patria esclava
No ha señalado honores a tu tumba,
Pero tu heroico esfuerzo el mundo alaba
Y el eco de la gloria en torno zumba:
Dejó una cruz el Redentor del hombre,
Tú tienes una cruz, y allí tu nombre.

Yo diré que tu lágrima postrera,
Deslizando en tu pálido semblante,
Al Autócrata fue como anatema
De aquel Dios que abrazabas espirante,
Y que el pecho del duro Moscovita,
Sin saber por qué afán, tiembla y palpita.

¡ Rusia cruel ! El soplo del Eterno
Tenderá cual mortaja destructora
Sobre ti las tinieblas del averno
Y un cielo sin estrellas, sin aurora;
Tus buques más veleros y oro y plata,
Presa serán del ávido pirata.

Aguila de dos frentes ominosa
Que amenazas dos mundos en la esfera;
Falte el viento a tu pluma rencorosa,
Desmayada en su rápida carrera;
Rayo feroz en tempestad que inunda,
Abrase tu pupila furibunda.

Los florones que tiene tu corona
Caigan como los lirios de los prados,
Cuando el humor vital los abandona,
Cuando rugen los euros encontrados;
Disípese tu ornato y atavío
Como la flor del heno y el rocío.

Perdonad, sumo Dios, si de mi boca
Han brotado expresiones de amargura:
Al hondo corazón la llaga toca
Y está bañada en hiel la desventura:
A mi patria volved los claros días,
Volvedle sus pasadas alegrías.

Tú te alzaste del polvo, destronada,
Que imploras compasión del caminante,
Que lloras en la triste encrucijada;
Tú vestirás la púrpura flamante,
¡ Oh mártir de la fe, del heroísmo !
Grande es tu Dios: no vencerá el abismo.

El lanzó al fiero Antíoco del carro,
Celoso de su gloria y su decoro,
El convierte los mármoles en barro,
El azotó con varas a Heliodoro,
El a Daniel salvó de los leones
En las profundas y ásperas prisiones.

Viste tu desnudez y enjuga el llanto,
Pon en el claro cielo tu mirada

Y, de dulce esperanza, el fulgor santo
Deslice por tu sien enamorada:
En la bóveda azul no habrá una estrella
Que te niegue su luz propicia y bella.

Aparta de tu labio enardecido
Esa copa de hiel y desconsuelo,
Repara el sinsabor con el olvido,
Que es el mejor maná que envía el cielo,
Y exhala tu plegaria lastimera;
Alzate ya, porque tu Dios te espera.

Oye una voz que encanta y embelesa:
" Tú duermes, ¡ oh Polonia ! sin fortuna
En lo que alguno llamará tu huesa,
Mas yo bien sé que esa será tu cuna:
Respirando las auras de victoria
Renacerás a tu esplendor de gloria".

Al oráculo dulce y deseado
Que tu fortuna y porvenir presiente,
Como al canto de un ángel enviado
Deberá responder todo creyente:
Oiga Dios de los pueblos el deseo:
La fe da salvación: adoro y creo.

(El Fênix, 20.X.1844 ; págs.14-15)

GENOVEVA Y ARTURO

(Balada)

Emulando el volar de ave marina,
Que retrata en el agua cristalina
La sombra de su pluma,
Dando a nueva región su quilla y prora,
Se desliza un bajel de ala sonora
Entre la cana espuma.

Ahuecada su lona como el pecho
De matrona gentil que deja el lecho
Con el dormido infante,
Surca en un fondo azul, pasado el verde,
Se interna más y más, y al fin se pierde
Cual ilusión flotante.

¡ Ay ! ¡ cuántas esperanzas se pusieron
En una tablazón y se perdieron
Al golpe de las olas !
¡ Cuántas madres lloraron por sus hijos,
Siempre en el falso mar los ojos fijos,
Y se quedaron solas !

¡ En ausencia fatal, ¡ah! cuántas bellas
Piden serenidad a las estrellas
Y, pálido el semblante,
Contemplan con dudosa incertidumbre
Si del puerto el fanal presta su lumbre
Al pobre navegante!

Ese bajel el corazón se lleva
De la sin par y hermosa Genoveva,
Que en gracias desafía
A cuantas niñas leves y sin dueño
Dejaron la señal de un pie pequeño
Sobre la playa fría.

Desde Cádiz, ciudad muy parecida
A una flota que al áncora dormida
Se mece y se recrea,
Hasta Barcino altiva y populosa,
Con sus barras sangrientas , orgullosa,
No hay quien más linda sea.

Ese bajel se lleva un marinero
Que fue todo su bien, su amor primero,
Su gloria y su esperanza,
Y que, antes de estrechar nupciales lazos,
Desde el seguro puerto de sus brazos,
Al mar azul se lanza.

¡ Cuán pensativa está sobre la roca
Que la resaca en sus vaivenes toca !
¡ Cuán triste lo ve todo'!
Y al razonar con su amador ausente,
Como si lo mirase allí presente,
Le dice de este modo:

"Si yo fuese la señora
De un palacio y sus confines,
Si la brisa encantadora
Disfrutase en mis jardines;

"Si sentada en rico estrado
Viese bosques y aguas bellas
Con cisnes nadando en ellas,
Como para darme agrado;

"Si entre verdes celosías
Contemplase en los calores
Estatuas y surtidores
En las alamedas mías,

"Tú no fueras marinero
Que fía de frágil vela:
Yo te haría caballero
Que calza sonora espuela.

"En mis ocios olvidada,
De tu alfanje los sonidos
Sobre mármoles bruñidos
Me dirían tu llegada

"Y, cual trémula paloma
Que busca su nido y centro,
Te saldría yo al encuentro
Por un ósculo de aroma;

"Que es más dulce, y embelesa,
Causando placer más vivo,
El beso de la sorpresa
Y el abrazo del arribo.

"Entonces no surcarías
Ese mar, que es monstruo raro,
Que roba mis alegrías
Como hipócrita y avaro,

"Pues con sus ondas derrumba,
Rugiendo como un león,
Y abre cristalina tumba
Sin dejar una inscripción;

"Luego, con mentida calma,
Dormido y en paz se queda
Y nos miente con faz leda
Para alucinar el alma.

"No estuviera yo en la playa
Sintiendo las penas graves
Con que el corazón desmaya,
Mirando venir las naves,

"Ni engañada creería
Que una nube de la tarde
Es la tuya, que hace alarde
De volverme mi alegría.

"Si al menos el Dios del cielo,
Más propicio a mis fatigas,
Me diese para consuelo
Un campo con sus espigas,

"Y un prado con sus verdores,
Do entre plácido recreo
Cantasen los ruiseñores
Los himnos de su himeneo,

"Tranquilo podría verte
Consolándote hechicera,
Sin temores de perderte,
Que es lo que me desespera.

"Mi labio gustos no nombra,
(Porque sólo es bien soñado)
Que tendrías tú a la sombra
Del sauce más desmayado:

"Pues tal vez un tierno infante,
Bello como los jazmines,
Remedando en su semblante
Glorias de los serafines,

"Te abrazara las rodillas
Y escondiera en nuestros pechos,
Con caricias muy sencillas,
Sus bucles de oro deshechos.

"Yo guirnaldas le ofreciera
De rústicas amapolas,
Y en su niñez nunca viera
Ni mares, ni playas ni olas.

"Mas ¡ ay, triste !, la pobreza
Me ha negado tal reposo;
¿ De qué sirve un lirio hermoso
Si lo come la maleza ?

" ¿ De qué sirven los luceros
En noches de nubes llenas,
Si sus rayos lisonjeros
No han de mitigar las penas ?

"Yo no anhelo gran tesoro;
Mas de noche en el hogar,
Sin poderlo remediar,
Sobre mi miseria lloro.

"Me han dicho que volverías
Por consuelo de los dos;
¡ Ay de mí ! tan triste adiós
Zozobras me deja impías.

"Muchos otros tal dijeron
Al dejar a sus amadas
Y tal vez nunca volvieron
A las costas suspiradas;

"Que ese mar tiene bajíos,
Cuyo diamantino muro
Hace trizas los navíos
Forrados de cobre duro;

"Tiene escollos ignorados
En donde no sirven velas
De famosas carabelas
Con gallardetes pintados,

"Y náufragos van los hombres
A su abismo y a su hondura,
Sin dejar cruces ni nombres
Que indiquen su sepultura.

"Mas yo rogaré a los santos
Con devotas oraciones,
Que te endulcen los quebrantos
De largas navegaciones

"Y verás que mi plegaria,
Que exhala mi amor sincero,
Es la estrella solitaria
Que guía tu derrotero;

"Y si ves cruzar rastrera
La africana golondrina,
Tómala por mensajera
Del afán que me domina;

"Déjala que en tus antenas
Se repose de su vuelo,
Que, en premio de tal consuelo,
Ya te cantará mis penas.

"La virgen será mi escudo;
Modesta con mi rosario,
Vista baja y pie desnudo,
Visitaré su santuario,

"Le daré con fe resuelta
Dos cirios y varias flores,
Pidiéndole que tu vuelta
Ponga fin a mis dolores."

Bajaba el sol al Mauritano Atlante
Entibiando su fuego de diamante
Que el rostro le engalana,
Dando lugar, cual Rey condescendiente,
A que luciese el nácar de su frente
La luna, que es su hermana.

Genoveva a su hogar se dirigía,
Triste como la noche, que era fría,
Y el nombre pronunciaba
De Arturo, su argonauta idolatrado,
Que entre el cielo y los mares sepultado
Sus voces no escuchaba.

Tres lunas se cumplieron y la hermosa
Siempre dejaba el muelle pesarosa:
La negra fantasía,
Con naufragios sus sueños ocupando,
En amargo dolor el solar blando
Del lecho convertía.

Por fin vio su bajel en lontananza ...
Al principio, una brisa de bonanza
La orza va impeliendo
Al tranquilo cristal de la bahía;
Mas arrecia ya tanto en su porfía,
Bramando con estruendo,

Que volverle la popa fue forzoso
Y la nave en su curso peligroso
Dio en áspero bajío,
Que abriendo sus costados a las olas
Dejó para escarmiento tablas solas
Que van en extravío.

Pero un ángel tal vez al triste Arturo
Un leño destinó con que, seguro,
Las playas abordase
Y, de Genoveva, en brazos bellos,
De la salobre linfa sus cabellos
Húmedos enjugase.

(Diario Mercantil, 28.XII.1844; págs.1-3)